



Efraín Labana Cordero

T03-CAMPO ANTIGUERRILLERO

700 MTS.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

Efraín Labana Cordero Militante revolucionario, artista plástico y vendedor informal, fue detenido en Caracas el 20 de diciembre de 1965 y conducido a “la tierra donde todo el mundo habla, de donde no se regresa”. Liberado y expulsado del país en noviembre de 1966, vivió en Perú y en Canadá. A su regreso a Venezuela y durante el resto de su vida, se mantuvo activo en el frente cultural revolucionario. Nacido en Caracas, falleció en Barquisimeto en 2013. Además del libro *T03 campamento antiguerrillero*, su testimonio dio vida al cortometraje *T03* (1972), dirigido por Ugo Ulive.

« Grupo de cazadores del ejército venezolano en Machurucuto.

1967

Foto: *El Nacional*



110

T03-Campo antiguerrillero

EFRAÍN LABANA CORDERO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

T03-Campo antiguerrillero

EFRAÍN LABANA CORDERO

Prólogo de José Vicente Rangel

Epílogo de Freddy Balzán



Índice

- 13 Un hombre que cuenta
- 25 TO3-Campo antiguerrillero
- 97 El silencio participa del crimen

A Felipe Malaver y

Andrés Pasquier combatientes desaparecidos

J. E. L. C.

Un hombre que cuenta

He meditado mucho antes de escribir esta presentación al testimonio de Efraín Labana. A veces pensé extenderme en un largo trabajo sobre la tortura. También en hacer un estudio de las formas represivas implantadas en el país en la última década; sobre la hipocresía del régimen democrático-representativo. Analizar las políticas que conviven bajo el techo de una constitucionalidad verbalista, hueca, negada a diario por la realidad. Referirme a la dicotomía del poder en Venezuela: a un poder civil farisaico, con origen en el sufragio pervertido por el dinero y por los factores imperiales y oligárquicos que dominan a la opinión pública; y al poder militar, hipertrofiado como nunca, al lado del cual los regímenes militares del pasado semejan toscas maquinarias, pierden su valor simbólico y su agresiva plasticidad.

Pensé en hacer una radiografía del complejo antiguerrillero que se ha estructurado en el país en los últimos años. El Ejército gestado al calor del anticomunismo militante y del temor de las oligarquías a los desarrollos latinoamericanos del hecho cubano. De un nuevo Ejército. O de un Ejército dentro del Ejército institucional de carácter histórico e inspiración bolivariana. Ese nuevo Ejército que tiene mandos propios y recibe enseñanza especial; que responde a una concepción continental de la lucha contra los movimientos de liberación —léase subversión en el diccionario oficial del panamericanismo—, copia

métodos extraños y ostenta, incluso, símbolos, colores y distintivos importados. Ejército que usa boinas verdes, uniformes diferentes, y es dirigido por oficiales que han hecho cursos en la llamada Escuela de las Américas de Panamá.

Por cierto, ¿no tomarán conciencia de esta desnaturalización los Ejércitos latinoamericanos, cuyos orígenes se remontan a una concepción nacional y popular a la cual por mandato histórico deben ser fieles?

He preferido, sin embargo, reducir los alcances de este trabajo. Los temas que pensaba abordar quedan para una próxima oportunidad. Considero que el testimonio de Efraín Labana constituye por sí solo un documento revelador. Nada más expresivo de la situación de Venezuela en los últimos tiempos, que la experiencia narrada por Labana. Sus palabras no tienen sustituto ni en la realidad ni en la ficción. Ellas eximen de cualquier explicación adicional. Hacerlo es correr el riesgo de distraer la atención del lector o condicionarlo en forma que puede resultar contraproducente para el enfrentamiento posterior de éste a una narración tan nítida y espontánea. Las conclusiones deberá sacarlas el propio lector. Quien se acerque a este testimonio entrará en contacto con una realidad subterránea, escamoteada en la diaria información a la opinión pública. No se trata de un testimonio elaborado, o de una denuncia-clisé, ni del acostumbrado discurso político. Es una experiencia viva, narrada con singulares condiciones de naturalidad, que permite al lector captar en seguida la contradicción flagrante dentro de la cual viven los venezolanos.

Los factores que determinan los hechos contados por Labana, las circunstancias políticas que en ellos concurren, el grado de bestialidad que opera en la conducta antinsurreccional, están recogidos en este relato despojado de artificios.

Venezuela ha vivido en distintas épocas la represión dictatorialista de corte tradicional. El 23 de enero de 1958 la nación salió de una situación de este tipo. Sobre los procedimientos utilizados durante esa etapa y la manera de conducirse en general los dictadores castrenses, la literatura política venezolana ha sido prolifera. El “perezjimenismo”, como fenómeno represivo, ha sido

examinado al detalle. En cambio, los diez años de democracia representativa están a la espera de un trabajo similar. Salvo contados documentos y testimonios, se ha dejado a la labor periodística de un sector —concretamente a la llamada prensa de izquierda— esa tarea. Con el inconveniente y hasta la desventaja de que cuanto material produce la izquierda es recibido, a causa de una tenaz propaganda adversa, con prevención. A ello también han contribuido ciertos excesos publicitarios; un tono de denuncia que no siempre es el más acertado y la ausencia de un trabajo responsable de recopilación, análisis y posterior edición de los correspondientes materiales que orienten a la opinión. Los analistas políticos, los estudiosos del tema y los dirigentes democráticos conscientes del fenómeno están en mora con el examen de la realidad represiva que la democracia representativa cuestionada por las masas populares ha engendrado; de su capacidad para jugar con ciertos principios y mitos que provocan engaños, mientras excede a cualquier otro régimen en los métodos de persecución.

Prefiero por tanto no extenderme en consideraciones generales. El examen del contexto deberá hacerlo el propio lector a través del testimonio de Labana. Me limitaré a decir algunas cosas del personaje central, la manera como lo conocí y cómo surgió la idea de este reportaje.

A comienzos de 1967 tuve las primeras noticias de un hombre que había sido brutalmente torturado en el Campo Antiguerrillero ubicado en las proximidades de El Tocuyo, Distrito Morán Estado Lara. Allí tiene su asiento el Comando del TO-3, comúnmente conocido con el nombre de Urica.

En varias ocasiones he estado en el lugar. Una vez fui con una Comisión Parlamentaria. Otra vez lo hice por mi propia cuenta, ante la desesperada exigencia de una madre cuyo hijo tenía más de dos meses “desaparecido”, sospechándose que lo tuvieran allí. En esta oportunidad pude apreciar mejor el dispositivo militar. El Tocuyo es una ciudad donde se observan las huellas de una torpe reconstrucción, luego de los daños que sufriera con el terremoto de 1950. Calles mal trazadas, casas de pobre arquitectura, borraron la imagen

colonial de la ciudad. Pero lo que más llama la atención de El Tocuyo, lo que de inmediato despierta la curiosidad del visitante, es la profusión de los efectivos y emplazamientos militares. Todo el ámbito de la ciudad y sus alrededores está dominado por el Ejército. También el ánimo de sus habitantes. El temor nutre la diaria existencia de los moradores. La actitud huidiza, evasiva, el comentario en voz baja, revelan una prolongada opresión producto del atropello sistemático, el estado de excepción y las leyendas e historias que las gentes comunican al forastero una vez que han entrado en confianza. En la ciudad funciona el Cuartel Corpahuaico, nombre que le viene de unos barrancales peruanos, próximos a la frontera con Bolivia, donde librara una victoriosa batalla el General tocuyano José de la Trinidad Morán en 1824, seis días antes de Ayacucho. La edificación fue planeada inicialmente para que sirviera de sede al Mercado Principal. Pero el Ejército la ocupó y desde entonces funciona como establecimiento militar y retén de detenidos. En la Prefectura también funciona otro retén. Algunos presos después de liberados me han contado que el traslado de los detenidos de un lugar a otro constituye una de las maniobras favoritas de las autoridades. El sistema suelen ponerlo en práctica para burlar las investigaciones parlamentarias y judiciales. Mediante este truco resulta fácil negar a detenido, ocultarlo por tiempo indefinido.

A escasa distancia de la ciudad, en una colina desde donde se divisan los valles sembrados de caña, está el Comando Antiguerrillero. El centro de dirección opera en una vieja casa, amplia y rodeada de árboles. Por todas partes hay carpas. Una de mayores proporciones me llamó la atención y a una pregunta inquiriendo acerca de lo que había en ella, se me dijo: —"Ahí tenemos un equipo de transmisiones igual al que usan las tropas norteamericanas en Vietnam. El informante no ocultaba el orgullo que le producía la utilización y dominio por los efectivos militares criollos de los modernos recursos técnicos que en otras latitudes emplea el Ejército imperial. Bajando la colina por el lado contrario al que da hacia la ciudad, está el campo de aterrizaje. Para ese momento estaba en construcción; pero mi informante sostenía que era de

primera. Al estar terminado, en él podrían aterrizar aviones grandes. “Cuando nos vayamos de aquí le dejaremos este regalo a los tocuyanos”, sostuvo mi acompañante con insistencia y satisfacción. Como queriendo significar con ello que El Tocuyo se modernizaba gracias a la presencia de la unidad antiguerrillera.

Cuando me llegaron las primeras noticias acerca de un hombre que había sido torturado e incomunicado durante varios meses en el Campo Antiguerrillero ubicado en El Tocuyo, el TO-3, mis informantes agregaron: “a ese hombre lo enterraron vivo”. Desde ese momento empecé a investigar. El caso tenía un especial significado. A lo largo de varios años he obtenido información sobre presos que fueron sometidos a los tormentos más crueles. Ahora se agregaba una nueva modalidad al suplicio. Al hombre de Urica se le había obligado a cavar su propia tumba y luego se le enterró. Con algunos presos que estuvieron en el Campo y que luego fueron trasladados a otras cárceles o puestos en libertad, pude confirmar el rumor. Mas las informaciones seguían siendo incompletas y confusas.

Algún tiempo después se produjo la confirmación a través de una carta procedente de Lima. En la referida carta, firmada por un ciudadano de apellido Labana —apellido que por cierto se prestaba a confusiones— éste daba cuenta de su estadía en Urica y mencionaba el episodio del enterramiento. Además, suministraba datos en torno a dos personas que estaban “desaparecidas”: Andrés Pasquier y Felipe Malaver. La esposa de este último, a quien le suministré la información, llegó a comunicarse telefónicamente con Labana en Lima y le pidió que regresara a fin de rendir el testimonio que poseía, confirmatorio de la detención de Malaver.

Un día, estando en mi oficina de trabajo, se presentó un hombre joven, de regular estatura y contextura delgada, que me dijo: “Yo soy Efraín Labana”. A partir de ese momento sostuvimos largas conversaciones. Le pedí que me relatara su experiencia carcelaria y que me informara todo cuanto sabía sobre la detención de Pasquier y Malaver.

Labana es un narrador nato. Un hombre que cuenta con facilidad, con voz lenta, suavemente. No olvida detalles ni se pierde en aspectos que no tengan que ver directamente con el tema central de su exposición. De inmediato aprecié estas cualidades en él. Así como su firmeza, su humana sensibilidad. Su decisión de referir sin temor alguno todo cuanto le sucedió.

Algo que me llamó la atención fue su sobriedad. Contaba lo que le había ocurrido sin odio, parecía no importarle el procedimiento al cual fue sometido. O pretendía despersonalizar el hecho; despojarlo de todo matiz subjetivo. En cambio, ponía énfasis y mostraba su angustia ante la suerte corrida por Pasquier y Malaver. A éste lo había conocido y todo su esfuerzo se orientaba a demostrar que efectivamente lo vio en Urica; que la negativa del Gobierno a aceptar la detención era una mentira destinada a encubrir inconfesables procedimientos.

Las conversaciones con Labana se prolongaron y se hicieron más precisas. El tiempo y los hechos que se sucedían en el país me confirmaban en la necesidad de disponer de algunos testimonios irrefutables, con una proyección histórica. Tomé notas, verifiqué sus aseveraciones, constaté fechas, nombres de personajes y lugares. Me habló sobre su vida, su familia, su mundo afectivo del Barrio Lídice, las ocupaciones que había tenido, su experiencia como buhonero. Me relató una y otra vez su detención, los sitios a donde fue llevado. Me describió sin variar ningún detalle, en una y otra oportunidad, aquella monstruosa ceremonia de enterramiento de la cual había sido víctima. Pero, repito, su interés mayor consistía en demostrar que él sí había visto en el Campo Antigüerrillero, en celdas vecinas, a Pasquier y a Malaver. Una tarde, estando en mi casa, con su característica discreción, me dijo: “hay algo, doctor, que no le he contado”. Y en seguida me relató el suplicio con fuego al cual fue sometido después del simulacro de entierro. Cuando concluyó sudaba copiosamente. El recuerdo de aquellos momentos; las sombras de una infamia que la memoria rechazaba, resistiéndose a volver a aquel espantoso momento, provocaba en él una fuerte tensión emocional. Como vara que yo no dudara de lo que me

decía, procedió a bajarse los pantalones y dándose vuelta me mostró una enorme y repugnante cicatriz en las nalgas.

Estoy acostumbrado a conocer casos y a tratar situaciones donde la sordidez y la vileza son una constante. Pero aquella prueba de crueldad inútil, de miseria y cobardía; de desprecio hacia elementales derechos y de absoluta negación a la dignidad humana, provocó en mí un arrebato de ira. Al día siguiente llevé a Labana donde el Fiscal General de la República. En la propia oficina de este, ante la mirada sorprendida del máximo garante de la legalidad democrática—tal como lo consagra la retórica constitucional—, obligué a Labana a que exhibiera el tatuaje de la tortura. Antonio José Lozada, para entonces Fiscal General, no pudo contener una exclamación de sorpresa y desagrado y dio instrucciones para que de inmediato fuera investigada la denuncia. Sólo que cuando el ofendido volvió a la Fiscalía, esta vez solo, y trató de declarar sobre las humillaciones y violencias de que había sido objeto, se le dijo que lo hiciera en otra oportunidad. Que por ahora únicamente interesaba su testimonio sobre Pasquier y Malaver.

El testimonio de Labana no se podía perder. La reacción de la Fiscalía venía a demostrar que el lema no le interesaba. Soslayarlo, sin negar abiertamente la investigación, era una política en la cual el Despacho tenía sobrada experiencia. La acusación de Labana era clara, rotunda; no dejaba oportunidad para la duda. Y era comprometedora. Una vez iniciada la investigación había que citar a las personas a las cuales Labana acusaba abiertamente. Labana daba nombres, grados, posiciones, lugares, fechas; citaba a otros presos que estuvieron reclusos con él. Había la constancia de que se le llevó a Urica, entre otras razones porque sus familiares lo vieron allí; y estaba la expulsión de hecho del país, el pasaporte sacado en Barquisimeto. Luego estaban las huellas del tormento.

Una curiosa y celestinesca doctrina investigativa asignaba a las marcas de la tortura importancia decisiva. Frente a esta posición yo había sostenido en numerosas ocasiones que las huellas se borran con facilidad, desaparecían

con el tiempo, bien porque los exámenes eran realizados con tardanza, o bien porque los torturadores habían mejorado sus métodos: golpeaban en las partes blandas del cuerpo, se protegían las manos con guantes, en fin, habían alcanzado un alto grado de refinamiento. Con Labana esa teoría se hallaba en aprietos. Las huellas en su cuerpo, pese al tiempo transcurrido, eran imborrables. Surgían como una implacable acusación contra los verdugos. Pero también contra el régimen.

Además, Labana podía ser detenido de nuevo en cualquier momento. La represión no conocía para entonces fronteras. Las denuncias sobre la “desaparición” de ciudadanos continuaban produciéndose. Todo esto me indujo a considerar que había que garantizar, en alguna forma, el testimonio de Labana. Debía quedar constancia de lo que le había sucedido. Fundamentalmente para el caso de repetirse su detención. De esta forma se podría dar la alerta acerca de los riesgos que corría su vida. Esta previsión estuvo inicialmente presente en la búsqueda de una fórmula que salvaguardara la seguridad personal de Labana. Nada más indicado que una grabación. Su valor, desde el punto de vista legal, era escaso; mejor dicho, nulo. Pero su valor político, era innegable. Grabar la voz de Labana, recoger todo el relato y agregar al expediente algunas fotos, conformaba una pieza importante a la cual se podía recurrir en un momento dado. Así nació la idea del reportaje a Efraín Labana.

El segundo paso consistió en encontrar quién hiciera la grabación. No se trataba de una grabación cualquiera. El material obligaba a definiciones políticas muy claras. Pero era indispensable también un conocimiento a fondo del oficio. De lo contrario, el testimonio podía perder valor, calidad e impacto. Una grabación monótona, lineal, efectuada de manera pasiva, podría convertirse en una simple acumulación de datos y de anécdotas. Era indispensable que la exposición no perdiera vivacidad, que fuera captada la espontaneidad del narrador. Que no se manipulara al personaje ni se lo forzara a situaciones truculentas que restaran naturalidad al relato y que, al mismo tiempo, no se incurriera en la rutina ni en los riesgos de un trabajo mecánico.

No vacilé en la escogencia. Hablé con Freddy Balzán, quien de inmediato aceptó. Balzán reunía las dos condiciones requeridas: una clara posición política y capacidad profesional. Como militante político es hombre comprometido con la lucha popular. Como profesional es un reportero radial de primera: activo, diligente. Todo el día está en la calle recabando informaciones, llegando a todas partes. Igual hace la crónica política que levanta una encuesta en una barriada popular. No es un recogedor de noticias; busca la información y la trabaja con pasión, presentando sus distintos ángulos.

Los primeros encuentros no se hicieron esperar. En sus horas libres Balzán instalaba la grabadora en mi casa, mientras Labana avanzaba en su narración. Fue una labor apasionante que culminó al cabo de varios días. En ella Labana ratificó sus denuncias, con la misma serenidad y firmeza con que las había expuesto en anteriores oportunidades. El clima que envolvía al relato, una vez grabado éste en su totalidad, era de increíble coherencia y tensión. Todo aquel recuento de sufrimientos y arbitrariedades fue expresado de manera impecable, escueta, sin falsas entonaciones, sin arreglos, sin alardes emocionales.

De pronto un hombre decide contar los atropellos de que ha sido objeto. Sin que su voz se altere; con una voz atemperada en el martirio. Entonces empieza muy lentamente. Y habla de cuando lo detuvo un agente del SIFA, en el centro de Caracas, y cómo es llevado al SIFA y después a la Digepol y los golpes en uno y otro sitio y la angustia de pasar las Navidades en la cárcel y el anuncio de libertad y el envío a Barquisimeto y el viaje a “la tierra donde todo el mundo habla, de donde no se regresa”, y la llegada a El Tocuyo y el enterramiento y la vida que se escapa y la vuelta a la vida y de nuevo la tortura (ahora con fuego) y los personajes que lo rodean, uno que primero lo veja y golpea y después lo cura y los interrogadores y los otros presos y el cumpleaños y Malaver que celebra los dos años de su hija y la huelga de hambre y la salida y la expulsión del país.

¿Cuánto tiempo dura todo eso? El lapso comprendido entre el 20 de diciembre de 1965 y el 11 de noviembre de 1966. La fecha de la detención

en Caracas y la fecha en que, en horas de la madrugada, Efraín Labana es llevado a Maiquetía por una Comisión del SIFA y metido en un avión que lo conduciría a Lima. Trescientos veintiséis días de vejámenes, torturas e incomunicación, interrogatorios, traslados, sin juicio ni defensor, metido en el engranaje de una maquinaria implacable, por momentos brutal o refinada, que violentaba o halagaba según las circunstancias; completamente a la deriva, consciente de su indefensión, movido por resortes extraños dentro de un universo cerrado, de antivales, capaz de desquiciar la mente mejor dotada y de quebrantar la voluntad más templada.

El vigor de la narración de Efraín Labana sirvió para ilustrar una conversación sostenida con un grupo de intelectuales latinoamericanos asistente al Congreso que se realizara en Caracas en 1967. La versión oficial de un ambiente de respeto a la dignidad humana y a los derechos de los venezolanos que se pretendía acreditar en el ánimo de los asistentes a aquel evento, debía ser rebatida. Una noche se dieron cita en mi casa, entre otros, Vargas Llosa, García Márquez, José Miguel Oviedo, Alberto Zalamea, Ángel Rama, y numerosos escritores venezolanos. Después de explicar la “otra cara” de la política venezolana, la voz de Labana se dejó oír a través de la grabación. Un silencio tenso, de recogida emotividad, fue el homenaje que rindieron los mejores narradores latinoamericanos presentes a aquel narrador elemental, que contaba su propio drama eliminando todo elemento fabulador, poniendo de relieve las inmensas posibilidades del ser humano implicado en una realidad histórica concreta.

Recuerdo que, al momento de despedirnos, García Márquez comentó: “Es terrible y monstruoso lo que le ha sucedido a este hombre. ¡Qué despreciable es todo esto!”

La grabación de Labana se ha utilizado en filmaciones, en montajes, y muchas personas, que saben de su existencia han pedido escucharla. Alguien sugirió una vez la transcripción. Labana accedió, y una experta taquígrafa se ofreció para hacerla. El trabajo resultó arduo. Había que respetar al máximo el contenido de la narración y la forma expositiva. Esta fue resguardada con

celo y diligencia y se acogió con fidelidad la propia sintaxis de la declaración. La lectura del material, tan pronto como estuvo concluido, vino a confirmar su calidad, su valor intrínseco como pieza testimonial.

Ha pasado algún tiempo y el clima en que se debatió Labana se mantiene en el país. Hay variantes, pero todas dentro de una línea común de actuación para los factores del sistema. La denuncia sobre sus torturas fue consignada por Labana oportunamente y ante la autoridad competente. Pero ni siquiera se realizó la respectiva investigación. De Andrés Pasquier y Felipe Malaver, vistos por Labana y otros detenidos en El Tocuyo, nada se ha vuelto a saber. Lo cual confirma que en la Venezuela de esta época —democrática, con un régimen de derecho y una Constitución que garantiza teóricamente la vida y la seguridad personal de todos los ciudadanos— puede “desaparecerse” a unos hombres, previamente detenidos por las autoridades, en número que ya pasa de los 250, sin que medie una investigación o cuando menos una explicación que sirva de elemental consuelo a los familiares que aguardan en la angustia.

Estamos en presencia —no hay duda de ello— de una organización para degradar al hombre. Las torturas y todo el procedimiento empleado contra Efraín Labana, un hombre que logró vivir para contar su odisea, revelan los rasgos típicos de una política envilecida, alimentada por el atropello, aplicada a conciencia y manejada con apego a esquemas que juegan hábilmente con la impostura democrática. El relato testimonial de Labana rebasa los límites de la denuncia contra un gobierno: compromete a toda la sociedad; a todo el sistema de valores sobre el cual está montado el actual régimen político y económico venezolano. Él es por sí solo el más rotundo y dramático testimonio contra la alternativa democrático-representativa falseada en sus bases de sustentación, cuando ésta ha devenido en la forma política favorita del neo-colonialismo. Contra la democracia ficticia, o “fraudulenta”, para usar el término empleado por Puiggrós. La democracia representativa como expresión institucional de las miserias del subdesarrollo y de la explotación imperialista tiene fatalmente que corromperse. La contradicción entre la realidad y las formas se hace insostenible,

y a la postre se imponen las manifestaciones más opresivas. Entonces sólo quedan en pie, con todo su poder mixtificador, las ficciones de un sistema de libertades en abstracto.

Sartre dijo una vez al tratar el tema de la tortura: “Nosotros nos sentimos fascinados por los abismos de lo inhumano; pero basta un hombre fuerte y obstinado, decidido a cumplir su profesión de hombre, para arrancarnos del vértigo: la tortura no es inhumana; es simplemente un crimen innoble y crapuloso, cometido por hombres y que los demás hombres pueden y deben reprimir. Lo inhumano no existe en ninguna parte, salvo en las pesadillas que engendra el miedo. Y, justamente, el sereno coraje de una víctima, su modestia, su lucidez son los que nos despiertan para desmistificarnos”.

Estas palabras fueron escritas por Sartre hace once años, cuando se torturaba en Argelia. Pero lo mismo pudieran estar referidas al caso de Efraín Labana.

Agregaría finalmente: tengo la convicción de que dentro del sistema no hay justicia. Todo, todo lo ocurrido en Venezuela antes del 23 de Enero y después del 23 de Enero, durante una dictadura militar tradicional y en un régimen democrático, confirma esta apreciación. Expresada, desde luego, sin pesimismo. Consciente de que esta certidumbre clarificadora contribuye a la búsqueda de alternativas correctas.

Es inútil pedir justicia para estas víctimas, para las víctimas que el sistema desprecia.

JOSÉ VICENTE RANGEL

CARACAS, SEPTIEMBRE DE 1969

T03-Campo antiguerrillero

Aquí estamos Freddy Balzán, periodista, y José Vicente Rangel, para presentar un testimonio sobre la represión en Venezuela.

JOSÉ VICENTE RANGEL —¿Cuál es su nombre?

LABANA CORDERO —Mi nombre es José Efraín Labana Cordero.

JOSÉ VICENTE RANGEL —¿Cuántos años tiene?

LABANA CORDERO —Veintitrés años.

JOSÉ VICENTE RANGEL —¿Es venezolano?

LABANA CORDERO —Sí, venezolano, nacido en Caracas.

BALZÁN —¿Estudiante?

LABANA CORDERO —No, simplemente un obrero.

BALZÁN —¿Cuándo comenzó la historia suya?

LABANA CORDERO —Bueno, lo mío empezó el 20 de diciembre de 1965; entre las esquinas de Muñoz y Piñango fui detenido y luego pasado a las Oficinas del SIFA.

BALZÁN —¿Cómo fue detenido?

LABANA CORDERO.—Bueno, la detención mía fue de la forma siguiente: Yo me encontraba ahí, en esas esquinas comprando una camisa después de haber dejado mis labores por unos instantes, mientras comía, y entonces llegó y estando yo de espaldas me tocaron por la espalda y entonces *voltíé* y entonces

me dijeron que yo estaba detenido, y entonces al yo pedir la identificación se me identificó fue con un revólver.

BALZÁN —¿Un agente de policía o un agente de civil?

LABANA CORDERO.—No, era un agente de civil el que me detuvo.

BALZÁN —¿Era joven?

LABANA CORDERO —Sí. era joven. Tendría, diría yo, aproximadamente unos veinticinco años, veinticuatro.

BALZÁN —¿Qué le dijo él en esos momentos?

LABANA CORDERO.—Bueno, en esos momentos me dijo, me empezó a decir que a mi me iban a trasladar a un campo antiguerrillero, diciéndome que sería el sitio donde todo el mundo habla, que me quemarían las bolas, que me achicharrarían todo: porque resulta que ahí me iban a someter a mí a un proceso de torturas y todo. Visto eso y cuando me empujó a que caminara al llegar a la esquina de Piñango, yo, por el temor y todo de lo que me podría pasar, llegué y salí corriendo.

BALZÁN —¿Había muchas personas a esa hora por esa zona?

LABANA CORDERO.—Sí, porque eran tiempos de navidades y había mucha gente por ahí.

BALZÁN —¿Usted conocía la persona que le detuvo?

LABANA CORDERO.—No, no la conocía.

BALZÁN —¿Qué sucedió después?

LABANA CORDERO —Bueno, después, cuando yo salí corriendo llegué y me caí, me caí y entonces llegó un Fiscal de Tránsito que estaba por esa esquina, llegó preguntando que qué era lo que pasaba, entonces varios ahí me hicieron rueda porque estaba en el suelo, entonces llegó el que me había hecho varios disparos cuando yo salí corriendo, entonces llegó y me esposó, me puso unas esposas y el Fiscal le hizo oposición para que no me llevaran preso, preguntando, primero y principal, la identidad del que me había detenido, entonces él le dijo que era del SIFA, no. entonces llegó y él me llevó a las oficinas que quedan ahí en Miraflores, en el Palacio Blanco.

BALZÁN —¿Qué ocurrió durante el trayecto? ¿Le dijo algo?

LABANA CORDERO —Bueno, durante el trayecto me dijo a mí que ya mi vida no valía “medio”, que ya con ese gesto mío ya mi vida no valía “medio”, que ya no me consideraba como un vivo.

BALZÁN —¿A qué hora, aproximadamente, llegaron ustedes a las oficinas del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas?

LABANA CORDERO —Bueno, llegamos ahí alrededor de las siete de la noche.

BALZÁN —¿Hubo algún incidente en la puerta con los militares que estaban de guardia?

LABANA CORDERO —No, no hubo ningún incidente a la entrada así sino que más bien abrieron, entonces llegó el que me detuvo, presentó como una especie de un carnet, inmediatamente le pusieron una insignia como de visitante, y entonces él me condujo ahí al lado del ascensor y durante el trayecto me dijo que ahí podía yo correr todo lo que quisiera porque ahí me podía matar fácil ahí.

BALZÁN —¿En qué forma se lo dijo? ¿Usted recuerda las palabras textuales que dijo?

LABANA CORDERO —Bueno, él me dijo a mí: Bueno, ahora puedes correr todo lo que te de la gana, porque aquí si es verdad que te salen disparos por todos lados y es más fácil matarte.

BALZÁN —¿Tú ibas esposado?

LABANA CORDERO —Sí. yo iba esposado, estaba esposado en las espaldas.

BALZÁN —¿A qué piso del SIFA fue conducido?

LABANA CORDERO —Al cuarto piso, fui conducido al cuarto piso. Ahora, en el trayecto del ascensor llegó y allí aprovechó él de decirme que él que nunca en su vida había maltratado a ningún preso, pero que conmigo iba a hacer una excepción y empezó a golpearme en el ascensor.

BALZÁN —¿Hasta que llegaron arriba al cuarto piso?

LABANA CORDERO —Hasta que llegamos arriba.

BALZÁN —¿Cuántos días estuvo detenido allí, en el cuarto piso?

LABANA CORDERO —Bueno, estuve el término del día 20, el día 21 y me llevaron en la mañana del 22, me llevaron a la Dige-pol.

BALZÁN —¿Estaba muy asustado usted allí, en el SIFA?

LABANA CORDERO —Bueno, claro, era la primera vez que yo me veía en un asunto policial y sobre todo las acusaciones que me estaban haciendo, porque en el trayecto del ascensor a donde me condujeron al calabozo llegaron y empezaron a decir que yo y que era jefe guerrillero, que yo era un malandro, que cuántos guerrilleros había subido yo a la montaña, durante todo el mes y todas esas cosas, y viendo que las acusaciones todas esas eran falsas y viendo la opinión del que me llevaba detenido de que me iban a llevar a un campo de esos de concentración, bueno entonces yo realmente me sentía muy nervioso porque era mi primera experiencia.

BALZÁN —¿En qué pensaba usted durante el tiempo que estuvo detenido. Efraín Labana, por lo menos esos primeros días?

LABANA CORDERO —Bueno, lo primero que yo pensaba era en la forma de poder yo comunicarme con mi familia, para que mis familiares supieran de que yo me encontraba ahí detenido y pensaba en cómo se podía desenvolver mi familia para tratar de activar por lo menos la defensa para mí.

BALZÁN —¿En qué condiciones se le trató durante su permanencia ahí en los calabozos del SIFA?

LABANA CORDERO —Bueno, este .el trato que me dieron al principio fue de todos modos un poco déspota, diciéndome, primero y principal, tratando, supongo yo, de asustarme, no? diciendo que ya yo no viviría para contar mi vida y toda una serie de cosas, no? para intimidarme y todo eso, no? y luego, entonces, cuando yo les di una vez que me preguntaron la dirección de mi casa, me la preguntaron de una forma y tildándome de malandro y ciertas cosas.

BALZÁN —¿En qué forma? Yo quiero que me aclare eso. ¿En qué forma lo tildaron?

LABANA CORDERO —Bueno, llegaron y debido a que yo les contestaba así, normalmente, como creo que es posible..., ellos me preguntaron, bueno, y los

demás guerrilleros? Entonces yo le decía que era imposible que yo conociera eso, porque no sabía, ¿no? entonces llegaba y me preguntaban y me tildaban de que si yo era un “Ah. tú lo que eres es un malandro”. Entonces yo les decía: “No. yo no puedo ser nada de eso, porque, primero y principal, yo vivo es de mi trabajo ahora en que estoy, de mi trabajo de buhonero.

BALZÁN —¿Qué tipo de mercancía vendía usted como buhonero?

LABANA CORDERO —Para ese entonces estaba vendiendo discos.

BALZÁN —¿Le reportaba alguna ganancia considerable la venta de esos discos?

LABANA CORDERO —Bueno, realmente, la fábrica le dejaba a uno los discos *long-play*, de esos ya un poco fuera de moda, se los dejaba a uno a tres y cuatro bolívares y uno los vendía a siete bolívares, o sea que le daba a uno una buena ganancia.

BALZÁN —¿Durante su permanencia en los calabozos del SIFA en qué forma se le trató?

LABANA CORDERO —Bueno, a mí me llevaron primero a una celda, a un calabozo que tenía dos, unas camas literas y entonces llegaron y me desnudaron.

BALZÁN —¿Lo desnudaron o le dijeron que se quitara la ropa?

LABANA CORDERO —Bueno, sí, me dijeron que me quitara la ropa. Me dijeron que me quitara la ropa y me dejaron ahí desnudo porque decían que yo era un hombre muy peligroso, que había que tenerlo en esas condiciones.

BALZÁN —¿Lo dejaron sólo o acompañado en el calabozo?

LABANA CORDERO —Estaba solo, y al lado había como un hueco en una pared de esas de cartón y estaba otro preso que no estaba desnudo, que yo eso fue lo primero que me fijé que era que yo creía que todos los presos en esas condiciones estaban desnudos, ¿no?

BALZÁN —¿Durante cuántos días estuvo detenido allí, en el SIFA?

LABANA CORDERO —Bueno, estuve detenido toda la noche del 20, el día 21 y hasta el 22 en la mañana.

BALZÁN —¿O sea 20, 21 y 22 de diciembre del año 1965?

LABANA CORDERO.—Sí.

BALZÁN —¿Qué ocurrió al tercer día?

LABANA CORDERO —Bueno, no, este antes el día 22 en la mañana llegó un Sargento Técnico de la Policía Militar y llegó y me dijo que si yo era el Comandante Julio. Entonces yo le dije que yo no, que yo me llamaba mi nombre era José Efraín Labana Cordero, entonces llegó y me dijo que con qué armas iba yo a matar a los digepoles. Entonces yo le dije: Bueno, es imposible que yo haya tenido un arma, porque mis únicas armas eran los *long-plays* que yo vendía, pues. Entonces llegó y me dijo, que me esperaban muchas experiencias a mí, que no iba a durar más, que me iban a matar.

BALZÁN —Ese interrogatorio o esas amenazas por parte de ese Sargento Técnico de la Policía Militar, ¿se produjeron en compañía de otras personas y a qué hora? ¿Me podría decir?

LABANA CORDERO —Bueno, eso fue aproximadamente como a las 9 de la mañana en compañía de todos los que estaban allí guardando los calabozos.

BALZÁN —¿Agentes especiales?

LABANA CORDERO —Sí. agentes de esos del SIFA, se le veía que eran ordenanzas de todas esas. . .

BALZÁN —Ahora bien, ¿qué ocurrió el día 22?

LABANA CORDERO —Bueno, el día 22 llegaron y en la mañana me condujeron, al lado do otro preso, me llevaron en una patrulla me llevaron a la Digepol. Debe haber sido como a las 10 ó las 11 de la mañana que llegaron y me llevaron a la Digepol. Entonces cuando llegamos allá empezaron a preguntar por el Capitán Vegas. Empezaron a preguntar si estaba en las oficinas el Capitán Vegas, ¿porque tenían que hacer entrega era directa a él, no? Entonces me pasaron a una oficina donde estaba era Patino González, el encargado de ahí y estaba un señor Erasto Fernández. Entonces llegaron y en una de esas preguntaron que quién era José Efraín Labana, ¿el que cargaba el papel, no? Primero empezaron el interrogatorio, primero y principal empezaron diciendo que ¿quién era el que cargaba este papel, no? se interrogaban entre ellos mismos, entonces llegaron y agarraron al que estaba al lado mío y lo empezaron a golpear y a *jalarlo*

por los pelos y entonces llegaron y dijeron: No, el que lo cargaba era el otro, entonces ya me decían directamente que era a mí, preguntándome que si un papel que cargaban ellos que si lo cargaba yo, era imposible que yo lo cargara porque, primero y principal, primera vez que lo veía.

BALZÁN —¿Todo esto en presencia del Director del Cuerpo este de la Dirección General de Policía?

LABANA CORDERO —Sí, todo esto fue en presencia de él, inclusive él mismo fue el que instigaba a pegarme al que estaba conmigo en ese momento. Porque en una de esas le dijeron: Mira, te tenía a ti en una lista. ¿A mí en una lista?

BALZÁN —Aclare eso, perdone.

LABANA CORDERO —Bueno, uno de los mismos digepoles llegó y le dijo a Patino González, al Director: Mira, te tenía a ti en la lista. Entonces llegó y dijo: “No hombre, para joderme a mí va a costar mucho”. Entonces llegaron y empezaron a golpearme y a halarme por los pelos y empezaron a amenazarme con que me iban a pegar una silla. Entonces llegó y él dio la orden de que me pasaran a Captura. Me pasaron por un pasillito y me pasaron a Captura.

BALZÁN —Perdone un momento: ¿el Director General de la Policía presenciaba impasible los golpes que le propinaban a usted algunos agentes ahí?

LABANA CORDERO —Sí, él más bien era uno de los que estaba diciendo: “Denle unos golpes ahí”.

BALZÁN —¿El ordenó que le golpearan?

LABANA CORDERO —Sí. Entonces cuando me pasaron a Captura, me pasaron y me esposaron, a mi junto con el otro preso que habían también sacado de otro calabozo. Entonces llegaron ahí y empezaron a golpearnos varios digepoles ahí. empezaron a golpearnos, a golpearnos hasta que llegó uno que le decían Ulises, un negro alto, y llegaron y empezó a golpearme con los pies, a darme patadas, entonces diciendo que él en eso era especial, los demás le tildaban que golpeará más y más, pero él dijo que no, que él no se iba a ensuciar su ropa porque estaba recién comprada.

BALZÁN —¿Era la navidad también?

LABANA CORDERO —Sí, era la navidad, era el día 23, ¿para ver? 22. Y entonces, llegaron y me tuvieron allí, en un rincón de Captura, cerca de la pared. Varias veces pasaban varios y llegaban y me golpeaban hasta que en una de esas llegaron y me pasaron a uno de los calabozos que ellos llaman “Los Tigritos”.

BALZÁN —¿En qué piso están ubicados esos calabozos?

LABANA CORDERO —Bueno, ciertamente no sé en qué piso puedan estar, pero supongo que deben estar en un tercer piso.

BALZÁN —¿Usted recuerda algunas de las expresiones de los agentes de ese Cuerpo policial mientras lo golpeaban? ¿Qué le decían, entre otras cosas?

LABANA CORDERO —Bueno, lo primero y principal decían era que estaban tratando más que todo de que “tengo ganas de salir en una comisión violenta”; lo que hablaban, lo que se referían era que me iban a matar, que me iban a pasar a una Comisión, que me iban a fusilar y estaban ahí todos haciéndose conjeturas de qué era lo que iban a hacer conmigo. Y entonces llegaban y me decían palabras soeces como “malandro”. me sacaban la madre y todas esas cosas.

BALZÁN —¿El otro joven que estaba detenido se encontraba todavía con usted?

LABANA CORDERO.—Bueno, él después llegaron y se lo llevaron a él primero, no sé dónde, se lo llevaron y después al rato llegaron y me vinieron a buscar a mí y me metieron en un calabozo, solo, en un calabozo de esos que llaman “Los Tigritos”.

BALZÁN —¿Tú no recuerdas el nombre de ese joven que te acompañó?

Labana Cordero —No, lamentablemente no recuerdo el nombre del que me acompañó.

BALZÁN —¿Y los nombres de algunos de los oficiales del Cuerpo policial éste, de la Dirección General de Policía, que te golpearon?

LABANA CORDERO —Bueno, este me acuerdo el de Ulises, el de Erasto Fernández y había otro que le decían el “Panamá Dos”, que según parece era un gran jefe ahí, porque todos llegaban y cualquier cosa que él decía todos le prestaban atención a él.

BALZÁN —¿Durante cuánto tiempo te estuvieron golpeando ahí?

LABANA CORDERO —Bueno, me estuvieron golpeando ahí como alrededor de media hora, me estuvieron dando golpes ahí, yo me caí al suelo, me tumbaron al suelo y me dieron grandes patadas ahí en el suelo y todo.

BALZÁN —¿Lo golpearon también con algún objeto contundente?

LABANA CORDERO —No, ahí no.

BALZÁN —¿Con las manos?

LABANA CORDERO —Con las manos y los pies. Entonces, después que me pasaron al calabozo, entonces ahí empezaron ahí, me pasaron al calabozo esposado, con las esposas atrás, y en una de esas llegaron y me metieron comida y yo no hallaba ni cómo comerla. Duré ahí casi un día prácticamente sin comer porque metieron la comida y entonces después que metieron la comida entonces me decían que si yo no quería comer que no comiera.

BALZÁN —¿Usted se sentía mal a consecuencia de los golpes que había recibido?

LABANA CORDERO —Sí. Sentía dolores en todo el cuerpo, dolores de cabeza, inclusive tenía un poco de quebranto.

BALZÁN —¿La mayor parte de los golpes que usted recibió en qué parte del cuerpo fueron?

LABANA CORDERO —Bueno, la mayoría de los golpes fueron en la espalda, en el estómago, en el pecho y varios golpes que me dieron en la cabeza, no?

BALZÁN.—¿No llegó usted a gritar cuando le propinaban los golpes?

LABANA CORDERO —No, yo no gritaba, sino más bien trataba de esquivar la avalancha de golpes que me daban y esquivarlos, ¿no? Bueno, yo esperaba que por lo menos se cansarían de golpearme.

BALZÁN —¿Usted estaba esposado?

LABANA CORDERO —Sí, yo estaba esposado, tenía las esposas en la espalda.

BALZÁN —¿Luego de los golpes lo pasaron entonces al Tigrito?, ¿al calabozo ese que llaman “El Tigrito”?

LABANA CORDERO —Sí. Entonces de ahí llegaron y al día siguiente en la mañana llegaron y después de llevarme al baño me llevaron a una oficina para tomarme declaraciones.

BALZÁN.—¿Qué le preguntó el funcionario?

LABANA CORDERO —Bueno, el funcionario, en primero y principal, me preguntó mi nombre. Le dije: José Efraín Labana Cordero, entonces me preguntó si yo sabía por qué estaba preso, entonces le dije que yo suponía que ahí era donde me iban a decir por qué razones era que yo estaba preso. Entonces me dijo que si yo reconocía un papel que estaba allí, entonces lo vi, le dije que no lo reconocía.

BALZÁN —¿Qué decía el papel?

LABANA CORDERO —Bueno, el papel decía ahí varios nombres de digepoles como el Capitán Vegas, el mismo Ulises, tenía ahí unos nombres de unos policías con sus respectivas placas y cédula, no? Entonces él llegó y me dijo que escribiera en un papel ahí cualquier cosa: Caracas y el nombre del país para ver si eran las mismas letras entonces yo las escribí, ¿no? Entonces él me dijo: bueno, se alzó del hombro y empezó a escribir a máquina. Entonces empezó a preguntarme si yo conocía el Frente Guerrillero Simón Bolívar, le dije que no; que si yo conocía a Tirso Pinto, Máximo Canales, le dije que no; que cuánto tiempo de militancia tenía yo en el Partido Comunista, y toda una serie de cosas, y yo le iba contestando que no sabía nada de eso. Entonces me preguntó: Mira, en qué trabajas tú. Entonces yo le dije: Bueno, yo trabajo de buhonero. ¿Qué vendías tú de buhonero? Yo vendía discos. ¿Y dónde te detuvieron? Me detuvieron entre las esquinas de Muñoz y Piñango. ¿Y quién te detuvo? Yo le dije, bueno, el SIFA. ¿Conocías tú al que te detuvo? No, yo no lo conocía. Entonces me preguntó que si yo me había ido a la fuga: Pero tú te diste a la fuga, ¿verdad? Entonces yo le dije: Sí, yo me di a la fuga. ¿Por qué te diste tú a la fuga? Yo le dije: porque eran navidades y a quién le podría agradar estar preso en navidades, y por esa razón y como él me había amenazado y me había

dicho que me iban a pegar, que me iban a matar, entonces a mí me dio miedo y salí corriendo.

BALZÁN —¿Después del interrogatorio qué ocurrió?

LABANA CORDERO —Bueno, después del interrogatorio llegaron y me llevaron ahí a los sótanos, al calabozo número uno, donde habían alrededor de veinte presos más. De ahí ya yo por lo menos logré, como a los dos o tres días, logré ver a mi familia, logré ver a mi familia y contarle mi problema, y en eso duró todo hasta el día 29, el día 29 llegaron y fueron en la tarde, llegaron diciendo varios nombres de los detenidos ahí, llegaron y me dijeron a mí que yo iba en libertad. Entonces me subieron al piso de arriba, me subieron y llegaron y me hicieron firmar una boleta que era decían qué era la boleta de libertad, entonces yo estaba muy nervioso, primero y principal, por la experiencia y la emoción de todo y que me iban a dar libertad, cuando dijeron: los que iban en libertad, vénganse para acá, yo me uní a todos, éramos como ocho que iban saliendo en libertad, entonces llegaron y me apartaron.

BALZÁN —¿Quién te apartó?

LABANA CORDERO —Me apartó un digepol y me dijo a mí: No, tú no vas en eso, tú vas es para la zona cinco.

BALZÁN —¿Tú no le dijiste que habías recibido boleta de libertad?

LABANA CORDERO —Sí, yo le dije: ¿Bueno, y esto no es libertad? No no, esto no es libertad, tú vas es para la zona cinco, entonces llegó y me hizo que me sentara en una silla ahí en Captura, me hizo sentar en una silla y yo, bueno, los nervios realmente los tenía destrozados porque tenía el choque de que yo me iba en libertad y después me decían que no iba en libertad, sino que me iban a llevar para la zona cinco, que ignoraba qué era, hasta que llegó y entró un. . . este que le decían Erasto Fernández y llegó y dijo: Ah, ¿este es el que vamos a llevar para Lara? Entonces ya no me quedó más remedio sino que resignarme a que yo todavía estaba preso.

BALZÁN —¿Eso fue lo único que dijo el señor Erasto Fernández?

LABANA CORDERO —Sí, él dijo: este es el que vamos a llevar para Lara.

BALZÁN —¿A quién se lo dijo?

LABANA CORDERO —Se lo dijo a un digepol que estaba cuidando ahí.

BALZÁN —¿Qué ocurrió posteriormente?

LABANA CORDERO —Bueno, llegaron y de nuevo me colocaron esposas y me estuvieron esperando a que llegara un oficial con el que yo iba a viajar, uno que se llama Antonio Partidas García, y llegaron y me llevaron en una patrulla, me montaron en una patrulla.

BALZÁN —¿Cuántas personas le acompañaban?

LABANA CORDERO —Bueno, iban tres. Tres digepoles iban: iba uno, el chofer, uno en una puerta delantera y otro iba atrás.

BALZÁN —¿Tú ibas esposado?

LABANA CORDERO —Sí, iba esposado.

BALZÁN —¿A qué hora fue el traslado?

LABANA CORDERO —El traslado fue prácticamente alrededor de las ocho o las nueve de la noche.

BALZÁN —A esa hora iba saliendo rumbo a la zona cinco que le habían prometido.

LABANA CORDERO —Sí, a esa zona cinco.

BALZÁN —¿Qué carretera tomaron los que le conducían?

LABANA CORDERO —Bueno, tomaron todo el tiempo tomaron por la Panamericana y después tomaron por la Autopista Tejerías.

BALZÁN —¿Iban a gran velocidad?

LABANA CORDERO —Sí, sí iban a gran velocidad. Durante el trayecto llegaron y empezaron a interrogarme: que si yo sabía por qué razón era que me iban a trasladar, entonces yo les decía que no. Entonces me preguntaron que si mis familiares sabían que me iban a llevar para allá y les dije que no sabían.

BALZÁN.—¿En qué forma se lo preguntaban?

LABANA CORDERO.—Bueno, me preguntaban: Oye, ¿tú sabes para dónde vas tú? Yo no sé ¿Sabes por qué te van a llevar para allá? No sé ¿Pero tú no tienes nada que ver con los comunistas? Yo no tengo nada que ver. Entonces llegaron

y en una de esas uno dijo: Bueno, eso te pasa a ti por meterte en vainas, porque el Gobierno no aguanta vainas. Si ellos te mandan para allá es porque están plenamente seguros de que tú estás metido en el paquete.

BALZÁN —¿Qué ocurrió más adelante?

LABANA CORDERO —Llegaron, nos paramos en un restaurant, y el inspector dijo: Bueno, te vamos a quitar las esposas, pero cuidado no te vayas a ir porque te vamos a tener que matar antes que llegues a la zona cinco.

BALZÁN —¿Eso fue en qué parte de la carretera?

LABANA CORDERO —Eso fue cuando nos estábamos aparcando en el restaurant.

BALZÁN —¿En qué parte? ¿En qué ciudad?

LABANA CORDERO —A la salida, prácticamente a la salida de Valencia. Cuando nos íbamos bajando, uno de ellos dijo que tratara... Mira trata de comer todo lo posible porque a lo mejor al sitio donde vas no vas a comer bien y a lo mejor ahora estas serán tus últimas comidas. Yo, bueno, prácticamente había perdido el apetito pensando en lo que me iba a pasar y lo único que pude comerme ahí, a medias fue una arepa.

BALZÁN —¿Eran cerca de las diez de la noche?

LABANA CORDERO —Sí, eran ya como las diez y media de la noche.

BALZÁN —¿Había mucha gente en el restaurant?

LABANA CORDERO —No, habían unos camioneros y unos de unas camionetas que estaban ahí.

BALZÁN —Nadie se dio cuenta que llevaban

LABANA CORDERO —No, nadie se dio cuenta. En una esas llegué yo y le pedí permiso para que me llevaran al baño, que tenía necesidad, entonces me llevaron dos al baño. Entonces me dijeron: Mira, yo voy a tratar que todo este recorrido de aquí para allá tú vayas sin esposas, se lo voy a decir al inspector, hasta el presente te has portado bien pero cuidado con echarme tú una vaina. Entonces yo le dije: No hombre yo no tengo razón de por qué escaparme, porque primero y principal yo no soy culpable; segundo, si yo trato otra vez de

escaparme como cuando me detenían yo creo que yo tenía razón de escaparme porque yo no quería pasar las navidades preso, pero ya las navidades las he pasado todas preso, y ahora lo que voy a aclarar es que soy inocente.

BALZÁN —¿De Valencia ustedes siguieron rumbo a qué ciudad?

LABANA CORDERO —A Barquisimeto.

BALZÁN —¿A dónde llegaron en Barquisimeto?

LABANA CORDERO —Llegamos ahí a Barquisimeto, a la Digepol de Barquisimeto. Llegaron y me sentaron en una silla y al rato salió uno de los que supongo que eran los encargados en ese momento y llegó y...

BALZÁN —¿No hubo ninguna dificultad en la entrada, con un detenido, a ese Cuerpo policial?

LABANA CORDERO —Prácticamente no hubo ningún incidente, el único incidente fue que llegó la patrulla así, llegó rápido, corriendo, entonces todos los guardias que estaban ahí se pusieron alertas. Entonces salió uno de ellos y me dijo: Bueno, ahí te dejamos ese paquete ahí, ese lo manda el Panamá Dos. Entonces me esposaron a una silla, donde pasé toda la noche esposado a la silla.

BALZÁN —¿Qué pensabas tú durante la permanencia ahí, esposado a esa silla? ¿En quién pensabas?

LABANA CORDERO —Bueno, yo prácticamente ahí pensaba en muchas cosas. Primero pensaba en todo lo que se me avecinaba, se me avecinaba un interrogatorio, que a lo mejor volvería otra vez a pasar por los golpes, que tendría que pasar por una serie de cosas y pensaba en cómo tratar yo, de tan lejos, comunicarme con mi familia.

BALZÁN —¿Pensabas también que te iban a matar?

LABANA CORDERO —Sí, eso era lo que más pensaba, el miedo que más me daba era ese: que me iban a matar, porque ya las amenazas me las habías hecho varias veces.

BALZÁN —Tú suponías que ibas a una muerte segura, ¿verdad?

LABANA CORDERO —Sí, eso era lo que yo suponía, no?

BALZÁN —Era, aproximadamente, ¿qué hora era aproximadamente cuando llegaron ustedes a la Digepol en Barquisimeto?

LABANA CORDERO —Eran aproximadamente la una o una y media de la mañana, porque habíamos estado perdidos en todo Barquisimeto pa' buscar la Digepol.

BALZÁN —¡Ah! ¿No encontraban ellos las oficinas de la Digepol allá?

LABANA CORDERO —No. no las encontraban.

BALZÁN —¿Qué decían ellos en el interior del carro? ¿Estaban preocupados?

LABANA CORDERO —Sí, estaban preocupados Estaban todos preocupados y discutiendo Unos discutían diciendo: No. no vuelvo a viajar más con un chofer que no conozca donde están las oficinas. y para qué te ofreciste tú para traer para acá si no sabías nada. y tenían ahí discusiones, ¿no? Estaban planeando hasta irse a Maracaibo. Ellos estaban pendientes de eso porque hasta hubo un momento en que uno dijo: Bueno, si no la conseguimos dentro de diez minutos, si no conseguimos la Digepol, llegamos y nos lo llevamos otra vez para Caracas. Dio la casualidad de que pasó una patrulla de la policía y llegaron y la pararon y le dijeron: Oye. ¿dónde queda aquí la Digepol? Entonces ellos llegaron y llamaron por el radio de la patrulla y dijeron por aquí hay unos cuatro sospechosos que están tratando de buscar la Digepol, entonces les contestaron, que se oyó clarito: Tráiganlos para acá. Entonces llegaron y la patrulla iba delante y se montó un policía atrás. Entonces...

BALZÁN —¿El policía iba con fusil o con metralleta?

LABANA CORDERO —Iba con una metralleta. Entonces llegó y empezaron éstos a discutir con el policía, que si no conocía lo que era la Digepol. que si no sabía lo que era la Digepol.

BALZÁN —¿Qué le decían? ¿Qué le decían?

LABANA CORDERO —Bueno, directamente lo que le decían era: Oye, tú. ¿como que eres "capocho"?

BALZÁN —¿Capocho, le decían?

LABANA CORDERO —Si, no ¡oh! Le decían: Oye tú como que eres capochito porque no conoces lo que es la Digepol, no? No sabes que es el Cuerpo más organizado de aquí, ¿no conoces nada de eso? ¿Tú como que acabas de salir del Ejército? Él le decía: No, es que la orden que hay es que no se puede circular ningún carro con mucha gente así, a más ustedes están preguntando por la Digepol. Pues claro, nosotros somos digepoles, le dijo. Entonces cuando iban entrando sí llegó y pasó a la patrulla, con el policía atrás, pasó la patrulla y entonces se paró en el frente casi de la Digepol, porque uno de ellos se orientó donde era que quedaba y entonces llegaron y uno de los digepoles que estaba ahí de guardia llegó y agarró la ametralladora y dijo que un poquito más y le echaban plomo.

BALZÁN —¿Durante cuántos días permaneciste, por fin, allí en Barquisimeto en esas condiciones?

LABANA CORDERO —Bueno, este..., después de esa noche, el día siguiente llegaron y me llevaron a la Policía de Barquisimeto, me llevaron como alrededor de las 9 ó las 10 de la mañana, llegaron y después de haberme tomado fotografías llegaron y me llevaron a la Policía de Barquisimeto a un calabozo todo sucio y asqueroso, en el suelo, habían vómitos y de todo había en el suelo. La Policía le decía “el especial” el N° 3. Entonces ahí no le dejaban a uno ni el cepillo dental, porque el cepillo dental lo partían y lo único que le dejaban.

BALZÁN —¿El cepillo lo partieron?

LABANA CORDERO —Sí. partieron el cepillo dental y lo único que le dejaban era el cepillito, pues... y no dejaban pasar fósforos, no dejaban nada, absolutamente nada.

BALZÁN —¿No hubo exclamaciones por parte de los agentes policiales cuando te llevaron al calabozo especial?

LABANA CORDERO —Bueno, me dijeron... lo único que me dijo uno: Bueno, ahí tienes tú para que te diviertas un rato en ese calabozo, porque de aquí vas para la tierra donde todo el mundo habla.

BALZÁN —¿Dijo eso el agente de policía?

LABANA CORDERO —Sí.

BALZÁN —¿Cuándo te llevaron definitivamente para esa tierra prometida?

LABANA CORDERO —Bueno, el día 7 de enero. En la mañana del 7 de enero llegaron y me llevaron a la Digepol de nuevo, entonces ahí me tomaron las huellas dactilares, me tomaron las huellas, me llevaron ahí, me sentaron, entonces en una de esas pasó un digepol y me dijo: Oye, mira, yo te he visto a ti en alguna parte y no es en ninguna ciudad, y llegó y me agarró por los pelos y me empezó a dar golpes. Entonces inmediatamente llegaron y llamaron a los digepoles y lo llamaron a él, un jefe ahí que le decían “El Chino”, llegaron y lo llamó y le preguntó que si , realmente me conocía, entonces él le dijo que no. Entonces me pasaron a interrogatorio ahí y trataron de preguntarme lo mismo: Nombre: mi nombre es José Efraín Labana Cordero , ¿Dónde te detuvieron? Me detuvieron entre las esquinas de Muñoz y Piñango, y ¿quién te detuvo? El SIFA ¿y de adonde vienes tú? De la Digepol... y todo ese pequeño interrogatorio. Después llegaron y me dijeron: Bueno, esta es la última oportunidad que se te da a ti para que tú hables todo lo que tú sabes, porque de ahora en adelante, ahora vas tú para la tierra prometida... y la tierra ahí es la tierra donde todo el mundo habla, donde *nadien* regresa... ¿Tú sabes cómo se llama eso? Tú vas para El Tocuyo, donde está es la Guardia Nacional que no come nada.

BALZÁN —¿Cuántas personas participaban en ese interrogatorio?

LABANA CORDERO —Participaban cuatro..., cuatro digepoles, principalmente uno, ese llamado “El Chino”, que le decían “El Chino”.

BALZÁN —¿Tú estabas esposado allí?

LABANA CORDERO —Sí, esposado estaba, continuaba esposado... Entonces llegaron y me preguntaron que si yo me había desayunado, le dije que no, entonces hubo uno, que yo tenía alrededor de como un real ahí y le mandé a comprar café y cigarrillos, un café y medio de cigarras, para comer... y entonces llegaron y me montaron a una patrulla que ellos le decían el *batimóvil*...

BALZÁN —¿Por qué le decían así, el batimóvil? ¿No te diste cuenta?

LABANA CORDERO —Bueno, era porque era una patrulla nuevita, una patrulla nueva. Entonces, el trayecto de ahí al Tocuyo empezaron ellos a hablar de muertos, y que uno y que trabajaba en una funeraria...

BALZÁN —¿Tú recuerdas, exactamente, las expresiones de ellos en ese momento, en el transcurso, en la carretera, cuando te llevaban?

LABANA CORDERO —Sí, bueno. Yo recuerdo que uno ellos decía, principalmente el chofer, decía: Oye, yo me recuerdo cuando yo trabajaba en la funeraria, porque yo cantidades de muertos llegaba y los agarraba en la forma como llegaban, yo me ofrecía para vestir muertos en todas partes... no? Y a mí, yo no le tengo miedo a los muertos, ni mucho menos... y por lo menos para donde va este, ahí, bueno, agarran el muerto en cantidad... Fíjate que hace días me estaban ofreciendo a mí hasta un empleo allá...

BALZÁN —¿Qué respondían los otros, los de atrás?

LABANA CORDERO —Bueno, lo que le decían... Uno de ellos llegó y le dijo, "El Chino" llegó y le dijo que él también había estado trabajando en una funeraria y que él se recuerda que le echaban kerosén en la puerta de la funeraria cuando el negocio estaba malo, entonces seguro llegaban con un muerto

BALZÁN —¿De ahí en adelante, Labana?

LABANA CORDERO —Bueno, llegamos ahí al Comando de Urica, de El Tocuyo, y entonces llegó y me pararon ahí a orillas de unas oficinas, amenazándome con la ametralladora, El Chino y el otro se bajaron y llegaron y se metieron para dentro con toda una cantidad de papeles y de ahí pasaban los guardias y preguntándome que de a dónde uno me preguntó: Oye, ¿dónde te detuvieron a ti? Le dije: Bueno, en Caracas. Entonces me dice: No hombre, con esa barba que tú tienes, eso fue seguramente...

BALZÁN —¿Tú tenías mucha barba en ese momento?

LABANA CORDERO —Sí, tenía barba, alrededor de unos diez días de barba.

BALZÁN —¿No habías tenido oportunidad de afeitarte?

LABANA CORDERO —No, no, no había tenido oportunidad porque inclusive en la Digepol yo traté de ver cómo podía hacer yo para afeitarme y entonces ellos me dijeron que no, que no me iban a permitir eso.

BALZÁN —¿Exactamente qué día recuerdas tú, Labana, haber llegado al Campamento este Antiguerrillero de Urica?

LABANA CORDERO —Bueno, yo recuerdo exactamente el día e inclusive la hora. Eso fue el día 7 de enero de 1966, a las 11 de la mañana.

BALZÁN —¿Los digepoles que iban en el vehículo te informaron que era Urica el sitio donde tú habías llegado?

LABANA CORDERO —Sí, me informaron que ese era el campo de Urica del Tocuyo. Entonces llegaron y ahí duraron un rato hasta que llegó uno que supongo que era un jefe, por lo viejo, lo mayor y todo eso, y llegó y salió y me preguntó: Oye, tú fuiste el que te detuvieron en Humocaró? Entonces yo le dije que no, que a mí me habían detenido en Caracas. ¿Y de Caracas por qué te trajeron para acá? Bueno, eso es lo que yo ignoro, si usted pudiera aclararme eso allá adentro que están los señores que me trajeron, bueno, me agradaría. Entonces me decía él: Oye, eso si es raro . ¿De dónde eres tú? De Caracas. ¿Y tú no conoces esta parte de acá? No, yo no conozco esta parte de acá. ¿Tú nunca has estado en Lara? Dije: No, no he estado en Lara. Entonces al rato salió “El Chino” y llegó y me llamó adentro, entonces me empezó a preguntar: Oye, yo quiero que tú le digas al señor cómo te llamas tú. Entonces yo le dije: Yo me llamo José Efraín Labana Cordero. Entonces me preguntó: ¿Qué número es tu cédula? 2.142.685. ¿Dónde la sacaste? En Caracas. ¿Estás seguro que ese es tu apellido y tu nombre? Entonces yo le dije: Sí, ese es mi apellido. Pero, mira, nosotros vamos averiguarlo todo eso y si ese no es tu nombre ni esa no, es tu cédula, bueno, no te vas a burlar más nunca de lo que es un militar, porque de aquí no vas a salir más nunca. ¿Tú no eres cubano? Entonces yo le dije: No, yo no soy cubano, yo soy nacido en Caracas. ¿En qué parte de Caracas? ¿Pero tu familia es cubana, verdad? No, mi familia no es cubana. Bueno, ¿y tu papá ni tu abuelo es cubano? Entonces le dije: No hombre,

mi abuelo nació fue en Guacara y mi papá también nació en Guacara y mi abuelo murió a los noventa años y murió con ese apellido. Entonces me dijo: Bueno, porque ese apellido ¿no será ese más bien parece que fuera que tú. un seudónimo tuyo? Le dije: No, señor esa es mi cédula. Bueno, ¿y dónde está tu cédula? Bueno, mi cédula, yo no sé, yo no tenía cédula cuando me detuvieron. Nosotros vamos a averiguar eso, pero si averiguamos lo contrario y sabemos que ese no es tu nombre, ni nada, la vas a pasar muy mal. Llévenselo para allá abajo, para el Corpahuaico. Entonces llegaron, me agarraron, me llevaron en un jeep; los policías militares me montaron en un jeep, entonces uno de los policías militares me dijo: Bueno, allá abajo sí te vas a poder afeitar, vale, porque allá abajo le dejan a los presos hojillas y eso Entonces llegaron y me llevaron al Corpahuaico.

BALZÁN —¿Cuántos militares?

LABANA CORDERO —Tres militares me llevaron. Tres, fuera del chofer, me llevaron en el jeep.. Cuando llegamos allá, a un sitio donde hay una reja grande, llegaron, abrieron, entregaron un papel, no dejaron pasar los policías militares, sino nada más me dejaron pasar a mí y el papel.

BALZÁN —¿Quién los recibió allí, en el sitio ese del Corpahuaico?

LABANA CORDERO —Bueno, me recibió uno.

BALZÁN — que estaba a las puertas.

LABANA CORDERO — que estaba a la puerta, un guardia nacional.

BALZÁN —¿No dejaron entrar a la policía militar?

LABANA CORDERO —No, no dejaron entrar a la policía militar, la dejaron afuera.

BALZÁN —¿Iba esposado?

LABANA CORDERO —No, no iba esposado, para ese entonces no iba esposado. Llegaron y empezaron a preguntarme... me preguntaron mi nombre, lo dije: José Efraín Labana Cordero, entonces llegaron y me firmaron en un papel, o sea anotaron en un libro, mejor dicho, anotaron en un libro y anotaron la hora que yo ingresé ahí, que eran las doce y diez aproximadamente y llegaron

y me preguntaron que de *adónde* yo era, de Caracas, eso ya no lo anotaron y me pasaron a un patio que había ahí a tomarse una fotografía, ¿no? de frente y de perfil, y me colocaron un número dos en el pecho. Después me pasaron a un calabozo común, que le llamaban pabellones, donde habían veinte presos más, y ahí bueno, ya...

BALZÁN —¿Recuerdas los nombres de algunos de los prisioneros que estaban allí?

LABANA CORDERO —Sí. Recuerdo... Recuerdo por lo menos el nombre de Ismaldo Barrios, de Oscar Agüero, de un tal Boscán Avila, hijo de un periodista de Barquisimeto, de Mario Gómez, de Rómulo Fernández, de Socorro Ramírez, José Briceño.

BALZÁN —Esos nombres los conoció usted durante su permanencia allí?

LABANA CORDERO —Sí, de un tal José Briceño, un señor mayor ahí, un señor Medina, bastantes...

BALZÁN —¿Qué le dijeron los presos, entre otras cosas?

LABANA CORDERO —Bueno, lo primero que me empezaron a preguntar los presos era que si me habían pulido ya.. no? Yo realmente no entendía aquel lenguaje que me decían, no? Bueno, y a ti no te han pulido, ya tú debes venir bien *pulidito* Yo le dije, bueno, yo no es que sepa mucho, pero yo no sé, no le entiendo a ustedes qué es lo que quieren decir con “pulido”, no? No, ¿que si te han golpeado? ¡Ah! no, yo le dije, sí ¿Pero te golpearon ya aquí? No, a mí no me han golpeado aquí, yo he entrado aquí y no me han golpeado. ¿Y dónde te golpearon? No, hombre, yo vengo de Caracas y a mí me golpearon fue en la Digepol de Caracas, hicieron intentos y me golpearon un poco que habían en Barquisimeto.

BALZÁN —¿Le contaron a usted algunos casos de tortura que se hubiesen producido en ese Centro?

LABANA CORDERO —Bueno, este llamado Boscán Avila llegó y me señaló un gordito llamado Pedro Sequera y llegó y me dijo: Bueno, tú sabes aquel llegaron y lo ahorcaron, fijate tú, todavía en el cuello tiene la marca del mecate

cuando lo estuvieron ahorcando. Entonces también me contó de que algunos los habían golpeado, inclusive Boscán Avila lo golpeó un Mayor del Ejército que se llamaba Revilla, el Mayor Revilla, y que le había puesto y que con una lamparita y haciendo pruebas y que del aparato de la verdad, toda una serie de cosas me estuvieron contando, no recuerdo muy bien el detalle porque yo no... primero y principal una parte yo no la creía porque me era extraño todo eso, creía que era que se estaban era, inclusive los mismos presos creía yo que se estaban era jugando conmigo, porque hubo una de esas en que uno dijo: Bueno, ya tú pasaste por la restregada..., ¿la exprimida de bolas, no? Yo le dije que no... Entonces, como me lo dijeron así yo lo que creí era que me estaban era metiendo miedo o algo así... Y entonces llegaron y entre todos los presos, muy amables, llegaron y me consiguieron una cama, colchón, me consiguieron una serie de cosas, y me ofrecieron maltas y galletas porque yo no había comido.

BALZÁN —¿Qué vida hacen los presos allí en ese Centro, durante el día y durante la noche? ¿Qué hacen?

LABANA CORDERO —Bueno, durante el día los presos, por ese entonces, hacían lo siguiente: Llegaban y nos levantaban a las seis de la mañana, los llevaban a hacerse su aseo personal, llegaban luego como a las 9 de la mañana los llevaban a comer, después de las 9 de la mañana llegaban y los sacaban a hacer aseo a todo el cuartel, a pasar coleteo, a barrer, y a coger papelitos por los patios, a coger papelitos por los patios...y...

BALZÁN —¿A coger qué tipo de papelitos? ¿Cómo es eso?

LABANA CORDERO —Bueno, papeles, desechos que habían en el suelo. Entonces..., y a lavar los baños. Después, como alrededor de la una y media, salían a comer, y en la tarde volvían otra vez a limpiar y a hacer aseo, otra vez a lavar el cuartel, y en la noche le apagaban a uno la luz en los pabellones como alrededor de las siete o ocho de la noche.

BALZÁN —¿Cuántos días estuvo en esas condiciones así?

LABANA CORDERO —Bueno, en esas condiciones estuve yo hasta el día, exactamente el día primero de febrero.

BALZÁN —Primero de febrero de 1966.

LABANA CORDERO —Llegaron y empezó todo a cambiar fue cuando llegaron y me llevaron a las oficinas del SIFA que estaban ahí, en el mismo cuartel y llegó y cuando llegué allá habían alrededor de seis o ocho personas ahí en toda la oficina y uno de ellos me interrogó. Empezó interrogándome diciéndome: Siéntate ahí. Entonces me dijo: Bueno, este yo quiero que tú me cuentes la forma que a ti te detuvieron, dónde te detuvieron, tu nombre, quiero que me digas todo lo que te voy a preguntar, que me contestes... Entonces, yo le dije: Bueno, aquí estoy, pregúnteme ¿Cómo te llamas tú? Yo me llamo José Efraín Labana Cordero ¿Qué número es tu cédula? 2.142.685. ¿Cuántos años tienes tú? 22 años. ¿Cuántas veces has sido detenido tú? Entonces yo le digo: primera vez en mi vida. Mira: Ya va la primera mentira, primero y principal, yo tengo informaciones por ahí que tú como que estuviste en la Cárcel Modelo. Bueno, yo le dije: es imposible que yo haya estado en la Cárcel Modelo. porque es primera vez que he estado preso. Entonces me dice: Cuéntame detalladamente cómo te detuvieron a ti. Bueno, a mí me detuvieron entre las esquinas de Muñoz y Piñango el día 20 de diciembre, eran como alrededor de las 6 y media ó 7, cuando llegué ahí a la esquina de Piñango y llegué y salí corriendo.

BALZÁN —¿Las otras personas escuchaban atentamente el interrogatorio que se estaba produciendo?

LABANA CORDERO —Sí, todos oían nada más el interrogatorio.

BALZÁN —¿Eran civiles o militares?

LABANA CORDERO —Civiles nada más, todos eran civiles. Entonces llegó y me dijo: Bueno, ahí va otra mentira. Se te olvidaron los disparos, ¿verdad? Ah! como usted no me estaba preguntando nada de disparos, bueno, sí, es cierto, hizo como alrededor de dos o tres disparos y lo que pasa fue que me caí, más nada ¿Bueno, y tú sabes quién fue el que te detuvo a ti? Bueno, yo lo único que sé de él es que es un tipo que me llega a mí como al hombro, es delgado

y trigueño. Pero tú lo conocías, ¿verdad? No, yo no lo conocía. ¿Estás seguro de que tú no lo conocías? Plenamente seguro de que no lo conozco. Entonces en ese momento salió uno de ahí, de una puerta, y entonces me di cuenta de que era el que me había detenido. Entonces le señalé al que me estaba interrogando, le señalé: ese fue el que me detuvo a mí. Entonces me dijo: Sí, sí, Julio, ¿cómo estás? ¿Te das cuenta todas las vueltas que tú has dado, hasta dónde has llegado tú, y todo esto te lo prometí yo, no? Entonces llegó y empezó a decirme: Mira, primero y principal, no le digas a éste esa mentira de que tú no me conoces a mí. Tú a mí me conoces muy bien. Para información tuya te voy a decir: Yo a ti te he seguido en dos oportunidades, en dos oportunidades anteriores tú te me has ido. Una vez fue por la esquina de Guanábano, más abajo, por ahí te me escapaste, te metiste en una casa, no sé dónde, pero te me metiste y otra vez fue por ahí por la esquina de Abanico. ¿Tú te recuerdas de Marcos? Entonces yo le dije: No, no sé quién es ese señor. Me dijo: Bueno, Marcos es un, un. ¿cómo se llama? un sargento de la marina que es desertor del portañazo, que era el Presidente del FLN en Oriente durante hace años, atrás, no? y es un experto en explosivos y todo eso... El, Marcos, fue el que me presentó a ti. Entonces yo le dije: Bueno, yo no conozco a ese señor Marcos, es imposible que me lo haya presentado a usted porque yo no lo conozco. Bueno, yo te voy a aclarar esas cosas, ¿tú te acuerdas de Manolo? Yo le dije: no sé quién es Manolo. Manolo, el que es muy amigo de Marcos. Yo le dije: No sé quién es. Pero lo cierto fue que Marcos te me presentó a ti y ustedes como que estaban hablando un problema de unos policías que habían asaltado allí en San José y que le habían quitado los pantalones y echaron a correr. Entonces llegué y le dije yo: No recuerdo nada de eso, porque es imposible. Mira: ¿tú sabes dónde fue eso? eso fue en la Universidad. Entonces yo le dije: Bueno, es imposible porque yo nunca he ido a la Universidad. ¿Tú eres universitario? Yo le dije: No. yo no soy universitario, yo lo único que tengo es un Sexto Grado. Entonces me dijo: Tú sabes por qué estás tú aquí? Tú estás aquí porque resulta que tú eras un entrenador, tú eras el que entrenaba a los tipos, llegabas y los entrenabas y le dabas instrucción militar,

tú eras el que llegabas y llevabas a la gente para todos los frentes, inclusive el Simón Bolívar. ¿Tú recuerdas a un muchacho llamado Pedro? ¿Pedro, uno que se la pasaba durmiendo en la Federación, que no tenía dónde vivir? Bueno, ese te lo ibas a llevar tú. Un día yo te vi que tú le estabas dando instrucciones a él, le estabas dando instrucciones y le estabas diciendo cómo era que. toda una serie de cosas de las guerrillas. Entonces yo le dije: Bueno, yo no conozco ese Pedro, ni el Marcos, ni el Manolo ni a usted. El llegó y, dijo: Bueno, chico, vamos a vamos a dijo el que me estaba interrogando primero: Bueno, vamos a, vamos a aclarar todas estas cosas aquí. Primero y principal esto es un imposible que se haya equivocado contigo. Tú eres realmente Julio. Tú ahorita estás en una situación mala, así es que tú lo que tienes que hacer ahora es hablar Yo le dije: ¿Hablar qué? Pues hablar todo eso que te está preguntando él, para aclarar todo. Entonces yo le dije: Bueno, no sé. Entonces al ratico llegó y salió otro y dijo: Bueno, chico, no hay más remedio con ese que aplicar la violencia. Entonces llegaron y me pararon y entonces el que me estaba interrogando primero dijo: Bueno, *delen* ahí unos golpes a ese a ver si se ablanda un poco... Entonces llegaron y empezaron a golpearme, y a golpearme, y a golpearme, principalmente por la espalda y por el estómago.

BALZÁN —¿Te golpearon con las manos?

LABANA CORDERO —Sí, me empezaron a golpear con las manos. Entonces llegaron y empezaron ahí a hacer conjeturas... Bueno, chico, a éste no hay más remedio que matarlo, chico, porque es imposible, hay que matarlo... porque fíjate, míralo ahí, dice que no te conoce, ni nada, y en todo ese momento lo que estaban era dándome golpes. Entonces en una de esas le dijo uno: Pana, hazme el favor, le dijo, hazme el favor y tómale las huellas porque yo voy a averiguar ciertamente si éste es como se llama y si esa es realmente su cédula.

BALZÁN —¿Los que te golpearon eran tipos jóvenes?

LABANA CORDERO —Sí, eran tipos jóvenes, y en una de esas llegó el que me había estado diciendo que me había conocido, el que me había detenido, se metió en una habitación, ahí dentro de las oficinas del SIFA.

BALZÁN —¿Cómo se llamaba?

LABANA CORDERO —Bueno, no, hasta el presente yo no sabía cómo se llamaba, pero después que me tomaron las huellas, volvieron de nuevo todos los que estaban ahí, porque habían otros, varios, dentro de las oficinas ahí, salieron y entonces me dijeron: Mira, ¿tú sabes quién soy yo? Yo le dije: No sé quién eres, lo único que te sé decir es que tú fuiste el que me detuviste y que por ti es que estoy aquí metido. Entonces me dijo: Mira, yo soy Tito. Yo dije: Bueno, no sé quién es... Entonces me dijo: Yo soy el tipo que llegó y tumbó todo Oriente, destrozó todo Oriente, y este que está aquí al lado mío este es Luisito. Bueno, a lo mejor ya tú debes haber oído hablar de él. Entonces el otro dijo: sí, porque todavía estaba éste en libertad y ya estábamos nosotros en pleno apogeo. Entonces llegó y me dijo: Bueno, esa es más o menos una orientación que te voy a dar. Entonces llegó el tipo ese que se llamaba Luisito y dijo: Mira, chico, ¿tú sabes una cosa? Tú lo que tienes que hacer es hablar. Todo eso, todo el Partido ya está destrozado y esto no sirve para nada, y están unos por aquí y otros por allá y hay peleas, inclusive se robaron un poco de plata. En eso entró un militar preguntando: ¿Este es el hombre? ¿Este es el hombre? Sí, este es el hombre. Este es el hombre. ¡Ajá! ¿y qué? ¿No ha dicho nada? Entonces él dijo: No: no, está duro. El se atiene al precepto constitucional, dijo uno por allá, no quiere declarar nada. Entonces llegó y empezó él empezó a golpearme él mismo, el Mayor, que después supe que era el Mayor Revilla, un Mayor, empezó él a golpearme y a golpearme y a golpearme, hasta por la cara me golpeó, por la barriga me dio varios golpes, entonces llegó y empezó a oprimirme la garganta y a agarrarme por la garganta, entonces, mientras él me oprimía por la garganta otro me daba golpes por la espalda.

BALZÁN —¿Tú estabas atado?

LABANA CORDERO —No. No estaba atado.

BALZÁN —¿Tú no tratabas de quitarte de encima los que te golpeaban?

LABANA CORDERO —Sí. yo lo que trataba era de meter las manos para evitar los golpes que me golpeaban, los golpes... ¿no?... entonces llegó y sacó uno

un rolo de goma y se lo entregó al Mayor, entonces el Mayor empezó a darme golpes por la cintura con el rolo, ¿no? Entonces me dijo: ¿No vas a hablar? Entonces yo le hice señas de que me dolía la garganta. Entonces me dice: ¿Qué es lo que te pasa, por qué no contestas? Entonces me dice: Si no contestas, te voy a matar. Yo le hice señas de que no podía porque la garganta la tenía adolorida y estaba y me la sentía como ardiendo la garganta. Entonces, él me dijo: Bueno, para los mudos aquí tenemos un papel y lápiz. Entonces llegó y cogió un papel y lápiz, entonces me dijo: ¿cómo te llamas tú? Entonces le escribí el nombre mío..., después de escribirle ahí el nombre mío, llegó y me dijo: ¿qué es lo que tú quieres? ¿tú quieres que te maten? ¿o quieres seguir viviendo? Entonces yo llegué y le escribí ahí: mátenme. Todos ahí se asombraron y dijeron: ¡Ah! ¿éste quiere que lo maten? Bueno, vamos a matarlo. Sí, sí vamos a matarlo, ¡ah! si él quiere que lo maten, vamos a matarlo, pues. Entonces me dijo: ¿Pero realmente tú quieres que te maten? Entonces yo puse al lado pues que sí. Entonces empezaron ahí a hacer conjeturas: No, no, este hombre me lo dejan tranquilo, porque si él quiere que lo maten, lo vamos a matar. Entonces empezaron a decir: Bueno, vamos a meterlo ahí al río para que se lo coman los peces todos los pies... No, vamos a llevarlo para donde están las hormigas y lo vamos a llenar de miel y llegamos y que las hormigas se lo vayan comiendo poco a poco, ¿no? Entonces, en una de esas, todos se fueron ahí hacia afuera y me dejaron a mi solo ahí con un guardia... Bueno, cuando ellos se fueron yo me senté ahí en una silla y me puse a pensar: bueno, prácticamente el destino que yo mismo me había trazado, y todo ahí, fue que me mataran y que nada más que por el solo hecho de ser inocente que querían hacer todo eso conmigo, querían que yo hablara de cosas que yo era... prácticamente las ignoraba y no sabía ni qué. Entonces me puse a pensar, ¡no hombre!, todo lo salvajes y lo malditos que son toda esa gente que llegan en esa forma tan así, matan a la gente, criminales que son y me dio una rabia que se me salieron las lágrimas ahí, y como estaba solo, me desahugué ahí solo, ¿no? Entonces en una de esas pasó un guardia, supongo yo debió verme, entonces al ratico llegó y vino,

vinieron todos de nuevo y llegó el Capitán, uno que le llamaban Capitán Rivas llegó y me dijo: ¡Cono! vale, ¿tú vas a dejar que te maten? Vas a dejar que fe vayan a matar, vale, mira esta gente te va a matar... ¿Por qué no hablas todo lo que tú sabes y sales de esa vaina rápido, porque fíjate esta gente te va a matar. Y entonces un Teniente dijo: Mira, este, le pidió prestada el arma a un guardia y le sacó un aparato ahí, entonces llegó y empezó a mostrarme unas balas largas, empezó a mostrármelas ahí y dijo: de éstas, de este tipo de balas, te vamos a meter a ti ochenta en el cuerpo. Y. . . bueno. . . Entonces llegó de nuevo el Mayor y dijo: No, no, ese no le vamos a dar una muerte así. Ese lo que le vamos a hacer es que lo vamos a enterrar, vamos a enterrarlo vivo, porque gente así hay que matarla lentamente, lentamente . no? Si él quiere que lo maten, lo vamos a hacer, pero sufrir, pero sufrir, pero bastante tiempo sufrir, y después se le mata. Entonces llegaron y empezaron y bueno, ya estamos listos todos los que van a salir en la comisión, y todo, ahí, y empezaron a conversar y me sacaron. Entonces llegaron y a las puertas del cuartel llegaron y me dijeron: Bueno, despídete por última vez que esta es la última vez que vas a ver todo esto. Entonces llegué yo, traté de alzar la mano, como en saludo, porque yo prácticamenteme sentía que yo mismo me había trazado eso... Entonces me montaron en una camioneta azul que tenían ellos, ahí, me montaron, en la parte de atrás iban alrededor de cinco guardias y un teniente de apellido Contreras. Entonces me llevaron como alrededor de... serían unos cinco o seis kilómetros de ahí, de El Tocuyo, en la carretera vía hacia Barquisimeto, en un puente, en un puente donde hay unas casas en la parte de arriba, hay un pequeño cerro, unas casitas, unos ranchitos, ahí cruzamos a la derecha y cogimos el río, el río, ¿no?, cogimos el río hacia arriba como un kilómetro, o casi un kilómetro, entonces después nos desviamos a la izquierda, entonces me bajan de la camioneta.

BALZÁN —¿Qué te decían en el recorrido los guardias, los militares que te llevaban?

LABANA CORDERO —No, los guardias no me decían nada, porque todos estaban en silencio. Nadie hablaba y yo también estaba callado, pensando principalmente en lo que me iba a pasar, y tratando de ver cómo solucionaba yo mis problemas ahí, y ya lo veía prácticamente sin solución. ¿Si no quisieron oír que yo era inocente, entonces qué iba a pasar? Entonces llegaron y me entregaron un pico y una pala, me la eché al hombro y empezaron a caminar. Entonces cuando ya habíamos caminado un poco todos los guardias y yo, llegaron y cuatro guardias se fueron hacia un monte ahí, se fueron hacia un sector y entonces me dejaron a mí y al Teniente y a otro guardia y íbamos caminando ahí. El Teniente iba cantando ahí y burlándose: A éste lo vamos a matar y no se va a dar cuenta ni cómo va a ser y empezó ahí cantando y tarareando las canciones ahí... y a éste lo vamos a matar por güevón ya éste lo vamos a matar por güevón... porque no quiere hablar y dale y dale y seguían cantando todo eso ¿no?. . y el otro le decía: bueno, a éste sí es verdad que lo vamos a freír... ¿lo vamos a freír aquí? ... no, más adelante, que es donde está el sartén y empezaron ahí a burlarse y todo eso. Entonces, cuando llegamos a un sitio donde hay una cantidad inmensa de tierra, entonces de un lado vi como un hoyo en la misma arena, había como un hueco ahí, pero se veía que estaba tapado ahí, entonces llegó el guardia y dijo: bueno, aquí es donde lo vamos a enterrar, ¿no? Entonces le dijo: no, a mí no me parece muy bueno este sitio porque resulta que ahí abajo hay como dos más. Oye, pero entonces lo podemos llevar para arriba. . No, no, no, ya eso de allá arriba está lleno ya. Vamos a meterlo aquí, porque los otros están bien abajo. Yo llegué y me paré ahí, entonces me dijeron: Bueno, abre ahí, empieza a echar pico ahí y pala. Entonces empecé a echar pico y a picar y a picar... Entonces él dijo, Bueno, tienes que abrir ese hueco pero bien grande, porque si no cuando llueva se van a salir los huesos... Entonces en una de esas el Teniente dijo: Tú vas a quedar como ese chivo que está ahí estaba un chivo muerto... Entonces el Teniente seguía cantando: éste lo vamos a joder... porque lo vamos a matar... éste es

un güevón, no quiere hablar, cantando ahí... Y después que yo había callado bastante, entonces llegó...

BALZÁN —¿Los guardias observaban atentamente el momento en que tú excavabas?

LABANA CORDERO —Bueno, no, exactamente, no... yo estaba ahí cavando, ya llevaba bastante rato cuando aparecieron los otros guardias y uno de ellos, llamado Rodríguez, llegó y dijo, rápido... llegó y se quitó el arma que tenía encima, un fusil, llegó y se lo entregó a otro y dijo: No, no, a éste lo voy a ayudar yo, porque a gente como esta tú sabes que hay que ayudarla, se va a morir y no vaya después a halarle los pies a uno. Y entonces llegó y me quitó la pala y empezó a sacar tierra de ahí y arena... Después otro llegó y dijo: No, yo también lo voy a ayudar... Entonces llegó uno llamado Toro Sanoja, Cabo Toro Sanoja, y empezó también a cavar, a cavar, a cavar... y otro de apellido Gómez también empezó a agarrar ahí... todos se turnaban ahí, no, y uno de apellido Bolívar...

BALZÁN —¿Nadie protestaba la ayuda que te estaban prestando?

LABANA CORDERO —No, nadie, nadie. Me parecía que estaban preparados. Todos más bien empezaban era como a jugarse y a burlarse. A mí más bien me parecía que esa era gente criminales que estaban acostumbradas a eso, por la forma en que se burlaban y todo eso.... Entonces, en una de esas llegaron y dejaron todo y volví yo otra vez a agarrar el pico y seguí picando... Entonces uno dijo: Bueno, yo creo que ya está bien, ya está bien hondo... Entonces yo también digo: Bueno, yo también creo está bien...

BALZÁN —¿Aproximadamente qué profundidad tenía el hueco que habías cavado?

LABANA CORDERO —Bueno, tenía alrededor de como un metro.

BALZÁN —¿Había pasado mucho tiempo?

LABANA CORDERO —Eran como alrededor de las 12 y mediodía ó una y habíamos estado ahí como desde las once y media.

BALZÁN —¿No se preocupaban de personas que hubiesen circulado por esa zona los efectivos que te estaban cuidando?

LABANA CORDERO —No, no, ninguno todos estaban pendientes era del hueco y de que me iban a meter ahí...

BALZÁN —¿Un paraje solitario por completo?

LABANA CORDERO —Sí, solo, solo

BALZÁN —¿Tú reconocerías ese sitio si lo volvieras a ver?

LABANA CORDERO —Sí, como no, es difícil olvidar el sitio donde le ha sucedido algo desagradable a uno.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después, cuando el hueco tenía ya esa profundidad de un metro?

LABANA CORDERO —Bueno, cuando tenía toda esa profundidad empezaron a... me metieron, no? . para mejor decir yo me metí, no? este 'llegué y en una de esas estaba dentro, tiré la pala afuera y agarré la camisa que me la había quitado y me acosté ahí...

BALZÁN —¿Te acostaste en el hueco?

LABANA CORDERO —Me acosté en el hueco, porque ya me estaba dando demasiada rabia ver las burlas de todos, me estaba dando demasiada rabia, entonces llegué- y boté las palas afuera y agarré mi camisa, y me metí adentró... Uno dijo ahí: No, no, no, todavía falta un poquito... No, no, está bien y empezaron ahí las discusiones, ¿no? Entonces llegaron y uno dijo: Bueno, nosotros a todos los muertos llegamos y le concedemos su última voluntad e inclusive podemos traerte hasta Marilyn Monroe, o la Brigitte Bardot, si tú quieres.

BALZÁN —¿Eso te lo decía quién?

LABANA CORDERO —Eso me lo decía principalmente el Cabo Toro Sanoja... Entonces llegó y vio la correa mía

y dijo: No, pásame la correa que me hace falta una.... Entonces yo llegué y me quité la correa y se la di... En otra vez llegó y me dijo de los zapatos, pero entonces dijeron: No, no, esos zapatos no sirven, estén rotos, no me sirven...

Entonces llegaron y empezaron: Bueno, bueno, vámonos vamos a terminar esto de una vez, vamos a ver si te entierras ahí... Y empezaron a echarme tierra y a echarme piedras, empezaron a echarme piedra y a echarme tierra. . . del montón de piedra ahí empezaron a echarme tierra y piedra, tierra y piedra... principalmente me empezaron a echar fue por las piernas y por el estómago... entonces me taparon todo hasta la garganta...

BALZÁN —¿Cuántas personas te echaban tierra encima?

LABANA CORDERO —Bueno, se turnaban todos para echarme tierra.

BALZÁN —¿Se burlaban mientras te echaban la tierra... ?

LABANA CORDERO —Sí

BALZÁN —¿Qué decían?

LABANA CORDERO —Bueno, principalmente lo que decían era: Bueno, este carajo no va a aparecer mas nunca en el mapa... ¡Ah! ¡vaina! esto le pasa por estar de metido en peos y vainas. . esto le pasa por estar metido en . . . ¡coños! y vainas, no, ¡oh! esto le pasa por estar metido en las FALN... Entonces en una de esas uno dijo: Bueno, con esto voy a aprovechar de vengarme la muerte de mi hermano, porque ustedes me mataron a mí un hermano, no joda, y de esto me voy a vengar yo... uno de apellido Bolívar... Entonces, dando vueltas ahí, siguieron turnándose y echándome tierra hasta que llegaron hasta el cuello. Entonces ahí el Teniente llegó y dijo: No, para ahí un momentico. Entonces empezó a preguntar: ¿Qué, y no vas a hablar? No le contesté. ¿Qué no vas a hablar? No le contesté tampoco. Entonces llegó y dijo: Bueno, vamos a terminar esto. . . Entonces llegaron y empezaron a echarme tierra en la cara, empezaron unos tres o cuatro palazos me echaron y yo traté de aguantar la respiración hasta donde pude, pero entonces ya las manos, que las tenía en el pecho, traté de hacer fuerzas para sacarlas hasta que las saqué y empecé a quitarme toda la tierra que tenía en la cara porque ya no aguantaba la respiración y oí que dijeron: ¡Para!

BALZÁN —¿Te molestaba la tierra en la cara?

LABANA CORDERO —Sí, me molestaba porque se me había metido en, las narices, en la boca, no?... la mantenía cerrada, pero en una de esas que traté de respirar por la boca llegué y se me metió por la boca también... Llegué y empecé a sacudirme las narices, a sacarme la arena que se me había metido por las narices y la de la boca, a escupir y todo... entonces cuando ya empecé a respirar, porque sentí un peso en el pecho, con toda la tierra y las piedras que me habían puesto ahí, ya estaba . no podía respirar bien, entonces empezaron otra vez a echarme tierra, empezaron otra vez a echarme tierra, a echarme tierra...

BALZÁN —Ya tú te sentías, perdón, cerca de la muerte, ¿verdad?

LABANA CORDERO —Sí, ya yo me sentía. . . ya yo sentía que no podía respirar bien... me sentía como desesperado de la misma forma de respirar... todo... no? y lo que trataba era de quitarme la tierra, y no sabía ni cómo hacer... y todo, todo... no hallaba ni qué hacer...

BALZÁN —¿Estabas desesperado cada vez que te caía una palada de tierra en la cara?

LABANA CORDERO —Sí, porque cada vez que me tocaba respirar llegaba y me caía una palada y yo volvía a quitármela con las manos... Hasta que en una de esas llegaron y .

BALZÁN —¿Todos los guardias —perdón— se habían congregado alrededor del hueco?

LABANA CORDERO —Sí. alrededor del hueco. y el que estaba echando esas últimas paladas era el guardia este Bolívar. En una de esas dejaron que yo respirara y que me quitara todo de la cara y entonces el Teniente dijo: Bueno, vamos a terminar esto de una vez. Entonces llegó y después de sacar la pistola llegó y me la puso en la frente. Dijo: Bueno, voy a contar hasta cinco para que hables. Mira, ¿vas a hablar? Contéstame: ¿vas a hablar? Y yo, preocupado más que todo por mi respiración, porque no podía respirar y estaba agotado y sentía todo el peso que tenía en todo el cuerpo, no podía mover las piernas, nada...

BALZÁN —¿Te sentías con el pecho oprimido?

LABANA CORDERO — El pecho oprimido, me sentía que todo se me iba. . entonces empezó a contar: uno..., dos..., tres..., cuatro empezó a contar cuatro y medio, cuatro y tres cuartos, cuatro y falta un poquitico... y ¿no vas a hablar? Y entonces llegó y... y yo respirando y respirando... hasta que llegó y dijo: Bueno, vamos allá de una vez, y llegó el Bolívar y dijo: bueno, sí me voy a vengar, yo voy a vengar a mi hermano, pues... y empezó a echarme y a echarme... hasta que se me nubló todo, estaba desesperado, yo recuerdo que yo pegué un, grito: ¡ayyyyyyy! porque ya la garganta no la aguantaba ... Entonces hice un movimiento ahí como para tratar de respirar y se me fue todo y perdí el conocimiento. Después cuando lo recuperé yo lo que me vi era que tenía... con una mano, me tenía agarrado uno por una mano, otro por la otra mano y dándome golpes en la espalda.

BALZÁN —¿Te habían sacado del hueco?

LABANA CORDERO —Sí, me habían sacado del hueco. Cuando yo me di cuenta que estaba era fuera yo no sé ni qué tiempo duró eso

BALZÁN —¿Tú no recuerdas qué fue lo que ocurrió ahí?

LABANA CORDERO —No, no lo recuerdo No recuerdo sino que todo se me hizo negro y perdí el conocimiento, porque al rato fue que me di cuenta que me tenía uno por un lado, el otro por el otro lado y dándome golpes en la espalda. Yo lo que sentía era todo el cuerpo como electrocutado, como si tuviera electricidad y movía la cabeza de un lado a otro y creo yo que eran todos los nervios que llevaba y estaba haciendo como ¡¡ah! ¡¡ah! ¡¡ah!. así como seseaba... de todo vomitando ... vomitando y la garganta la sentía como que me clavaba algo en la garganta, sentía que estaba vomitando la cabeza la sentía que se me reventaba y volteaba de lado a lado y todo el cuerpo lo sentía extraño, como si tuviera electricidad. y se me movía todo el cuerpo.

BALZÁN —¿Cuántas personas estaban presentes de guardia?

LABANA CORDERO —Bueno, no sé, uno me agarraba y otro me golpeaba.

BALZÁN —¿Con qué te golpeaban?

LABANA CORDERO —Con las manos me golpeaban por la espalda y párate de un lado párate de otro por el tierrero aquel

BALZÁN —¿Hacían algún comentario?

LABANA CORDERO —No hacían ningún comentario. Entonces llegó y me agarraron entre dos y me alzaron y me terminaron de alzar. Entonces de ahí me llevaron arrastrándome, porque no me podía ni parar siquiera me sentía dolorido, como dormido, así, todas las piernas y me llevaban arrastrando ahí a la camioneta, donde me tiraron dentro de la camioneta. Un guardia vio en ese momento que me tiraban en la camioneta y me dijo: Toda esa vaina te pasa por meterte en vainas. Todo esto te pasa por echar vaina...

BALZÁN —¿Qué distancia había, aproximadamente, entre la camioneta y el hueco?

LABANA CORDERO —Bueno, habían como alrededor de unas dos o tres cuerdas. De ahí bueno me llevaron otra vez al Cuartel Corpahuaico.

BALZÁN —¿Hacían algún comentario?

LABANA CORDERO —Bueno, no, no hubo ningún comentario en la camioneta, simplemente uno de los guardias, de apellido Gómez, llegó y me obsequió. . trató de obsequiarme cigarros... pero todos me veían a mí extraño... como con rabia... y ninguno comentó nada sino simplemente cuando llegamos al Corpahuaico uno llegó y se asomó y me dijo: No te pares sino hasta que yo te diga.

BALZÁN —¿Entonces tú ibas acostado en la camioneta?

LABANA CORDERO —Sí, yo iba acostado en la camioneta, me tenían ahí acostado. Entonces me metieron ahí a los baños, a un baño ahí y empezaron que si a bañarme, no? me metieron ahí con ropa y todo y apartaron a toda una cantidad de gente, guardias mismos que estaban por ahí los mandaron a meterse para dentro... Llegaron y me pasaron a un patio donde también tenían los presos aislados... y todo duró hasta el día 7 de febrero. Llegaron y me ponían a mí a comer del lado aparte de todos los presos y me llevaban al baño a diferentes horas...

BALZÁN —¿Tú no tenías contacto con ningún otro detenido?

LABANA CORDERO —No, no, no tenía ninguno... Bueno, en algunos momentos hubo algunos que llegaban y me daban cigarros, llegaban y le pedían permiso al guardia para darme cigarros y me daban cigarros y de vez en cuando alguno llegaba y me tiraba un bolívar o algo así. otro me preguntaba: ¿Cómo estás? Y yo lo saludaba y le decía que estaba bien.

BALZÁN —Para ese momento tú no habías recibido la visita de ningún familiar.

LABANA CORDERO —Sí. Sólo recibí la visita el día 9 de enero de 1966, o sea a los dos días de haberme trasladado a El Tocuyo. Me visitó el hermano mío, la hermana mía. pero la hermana mía no la habían dejado entrar el día sábado; entonces a la hermana mía le iban a dar visita el domingo y la hermana mía ya se había ido el día sábado, él se había quedado ahí para esperar la visita y había ido también después, como a la semana siguiente, había ido otro hermano mío, los dos hermanos ya habían ido, y entonces no le habían permitido visita pero yo los había visto afuera, en las rejas, y yo estaba dentro y salí, estaba por ahí y lo saludé.

BALZÁN —¿Qué te dijeron tus familiares?

LABANA CORDERO —Me habían llevado una toalla, cigarros, plata, pasta dental, cepillo dental. de todas esas cosas esos artículos personales me llevaron.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después del baño ese con ropas, etc.?

LABANA CORDERO —Bueno, después del baño ese con ropas, que ya me habían pasado al patio, aislado de todos, la comida aparte, y todo eso, llegaron y el día 7, como alrededor de las 2 de la tarde, me sacaron de nuevo en la misma camioneta y esta vez me amarraron, cosa que no habían hecho antes, me amarraron de los pies...

BALZÁN —¿Cuántos te fueron a buscar a la celda o al calabozo?

LABANA CORDERO —No, prácticamente, eso no se le puede llamar ni celda, ni calabozo, más- bien, como le he dicho: patio, porque es un patio, así como *corralón*, ahí están los presos...

BALZÁN —¿Te llamaron y te montaron en el vehículo?

LABANA CORDERO —Me llamaron y entonces me montaron en el vehículo, me amarraron los pies y me fueron a buscar guardias, los mismos guardias, los guardias nacionales.

BALZÁN —¿Los mismos que te habían tratado de enterrar?

LABANA CORDERO —Bueno, de esos nada más había uno, el de apellido Bolívar. Entonces llegaron y me montaron y me llevaron ahí al Comando Urica, ¿no? se pararon ahí en la parte de... después pude yo observar en otra ocasión de que decía Comando, y se asomó uno y dijo: Bueno, este es el hombre, se me quedó viendo y volvió y se quitó. Entonces me bajaron, llegaron y dieron una vuelta en la camioneta y empezó a descender y a descender por un camino de piedra y de tierra, entonces dio una vuelta y en una parte que parecía como un campo de aviación o algo así porque inclusive había un helicóptero, entonces vi, cuando me bajaron, cuando me bajaron me metieron en un almacén grande, un sitio grande, con unas rejas de hierro, muy altas, como de tres o cuatro metros de alto, y de unos barrotes fuertes...

BALZÁN —¿Estabas custodiado?

LABANA CORDERO —Sí, estaba custodiado porque ahí estaba un Policía Militar, y entonces al *ratito* aparecieron como alrededor de tres policías militares más, y estaba ahí dentro un Teniente, que después supe, por oídas, porque lo llamaron, que era un teniente de apellido Polanco, de la Policía Militar. Llegó el Teniente y me dijo a mí: Quítate la camisa. Me quité la camisa. Uno de los policías militares le preguntó: ¿Lo desamarro? Entonces dijo: No, no, más bien amárralo bien, bien, amárralo fuerte.

BALZÁN —¿Esto, dentro del almacén?

LABANA CORDERO —Sí, eso dentro del almacén.

BALZÁN —¿No habían mercancías allí?

LABANA CORDERO —Sí, había una cantidad inmensa de colchones, habían periódicos viejos, habían periódicos viejos en cantidades, ahí, arrinconados, habían como aparatos... libros.

BALZÁN —¿Qué tipo de construcción es el almacén ese?

LABANA CORDERO —Bueno, el tipo ese de construcción es: las paredes son anchas, ¿no? más bien parece que en vez de ser de bloques fuera como de ladrillos, ¿no?

BALZÁN —¿Y el techo? No recuerdas. .

LABANA CORDERO —No, no recuerdo el techo, no recuerdo exactamente cómo era el techo.

BALZÁN.—¿Después de la orden de que fueras amarrado. . . ?

LABANA CORDERO —Bueno, me amarraron, me ataron de manos atrás y con los pies me trataron de unir las manos con los pies lo más posible, ¿no? Bien fuerte, y entonces llegó y uno de los guardias llegó y me alzó, por entre las cuerdas de las manos y los pies ahí me alzó, y me cargó como alrededor de dos o tres metros y me dejó caer al suelo. Entonces le preguntó al teniente: ¿Aquí? No, no, no, sácalo un poquito más afuera. Me sacó un poco más afuera, hacia el lado del pasillo, entonces llegó y dijo: Bueno, tu nombre. Mi nombre es José Efraín Labana Cordero. Este... número de tu cédula. 2.142.685. Este... ¿nombre de tu papá? Juan Labana. Este... ¿profesión tuya? Entonces yo le dije: Bueno, mi profesión es auxiliar de contabilidad, pero mi empleo siempre ha sido el de buhonero, cuando me detuvieron era el de buhonero. Bueno, entonces, ¿vas a hablar? ¿Hablar qué? Hablar de todo lo que se te está preguntando, que te estuvieron preguntando allá abajo. Yo le dije: No sé nada. Bueno, le dijo ahí uno de los guardias, bueno, chico, haz el favor, trae las plumas... Bueno, yo ahí empecé, como es lógico, yo ahí empecé a hacer conjeturas: ¿qué será eso, no? Entonces llegaron y trajeron ahí unos cactus, de esos grandes, con unas espinas largas, largas, que estaba amarrado con una tira y empezaron a pegarme desde la espalda, empezaron a pegarme desde la espalda en toda la parte de la columna, y entonces empezaron a pegarme y a pegarme y a pegarme por toda la espalda y las espinas se quedaban todas pegadas de la piel, entonces llegaron y me siguieron interrogando ahí. ¿Vas a hablar? ¿Hablar qué? De lo que te han estado preguntando... no sé... entonces

llegaron y dijeron: Bueno, chico, no va a haber más remedio que prender la hoguera. Prende la hoguera.

BALZÁN —¿Qué ocurrió entonces, Labana?

LABANA CORDERO —Bueno, yo pensé que había llegado prácticamente a los últimos días de mi vida, porque habían estado hablando, cuando yo estaba en el patio, en una de esas, yo estaba sentado...

BALZÁN —¿Tú estabas en el patio dónde?

LABANA CORDERO —Bueno, cuando estaba en el patio del Cuartel Corpahuaico, antes de traerme, había sido come alrededor de dos días antes había estado sentado ahí, de repente llegó un Mayor, el Mayor Revilla. llegó y dijo: Oye, ¿y qué haces tú todavía aquí? Entonces llegó y salió corriendo y llegó y se lo dijo al Teniente que me había llevado a enterrar, el Teniente Contreras, le dijo: ¿Qué hace este hombre aquí todavía? Entonces él le dijo: Bueno, él dijo que iba a hablar. Entonces, le dijo: Bueno, espérate un momento. Entonces llegó y me dijo a mí, sólo, apartado ya: Oye, menos mal que te has decidido. Entonces yo le dije: ¿decidido a qué? Bueno, decidido... lo que yo oí él dice que tú dijiste que ibas a hablar. Entonces yo le digo: Noooo me dio rabia todo eso y le dije: Nooo y me quedé callado ahí. Entonces llegó y llamó de nuevo al Teniente y llegó y le dijo: Mira, mira, éste está diciendo aquí que no: ¿qué fue lo que te dijo a ti? Bueno, él me dijo a mí que él iba a hablar. ¿Vas a hablar? ¿Hablar qué, señor? ¿Hablar qué? Entonces me dijo: lo que se te ha estado preguntando y no te hagas el loco. Entonces yo le dije: Ustedes saben una cosa, yo no puedo hablar de lo que no sé. Ahora si ustedes quieren que yo me haga culpable de todas esas cosas, yo me hago culpable, pero de que yo lo sea, de que yo pueda decir cosas que no sé, no sé. Entonces llegó uno y dijo: Mira, tú sabes lo que vamos a hacer con este tipo, vamos a hacer lo siguiente: vamos a buscarle pero una muerte pero lenta, lenta, lenta... y llegó y dijo: Bueno, vamos a pegarle una, cómo se llama, unos cables, una batería en las bolas... entonces el otro dijo: No, no, no me gusta eso. Bueno, lo tiramos ahí colgado con una piedra en el cuello, lo tiramos del helicóptero. Entonces dijo: no, no,

no me gusta, esa es una muerte muy rápida; no, no, mejor lo que vamos a hacer con éste es que le vamos a quemar las bolas. le vamos a quemar las bolas, le vamos a quemar el culo... le vamos a quemar todo. Sí, sí eso es lo que vamos a hacer, es lo que vamos a hacer, le vamos a quemar todo.

BALZÁN —¿De todo eso te recordabas tú cuando mandaron a encender la hoguera?

LABANA CORDERO —Sí, por eso, debido a eso fue que yo me acordé de todo eso.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después de que prendieron la hoguera?

LABANA CORDERO —Cuando prendieron la hoguera entonces empezaron a traer palos, finos así como un lápiz, como un lápiz se veía que estaban, cortaditos, así, finitos, y venían prendidos al rojo, pues, como tizones, y empezaron entonces a pegármelos en los glúteos, y ahí empezaron a pegarme y a pegarme

BALZÁN —Aproximadamente ¿cuántas veces te pegaron esos puntos de madera, esos lápices?

LABANA CORDERO —Yo creo que aproximadamente me pegaron como cuarenta.

BALZÁN.—¿Cuántas personas se encontraban presentes ahí?

LABANA CORDERO —Habían presentes ahí alrededor de cinco personas: tres policías militares, el Teniente de la Policía Militar y el guardia Bolívar.

BALZÁN —¿Qué decían, no comentaban nada?

LABANA CORDERO —Bueno, sí. Ellos comentaban lo siguiente: era más que todo instigándome de que yo hablara de lo que no sé, pues, de lo que no sabía. Llegaron a decirme: Oye, mira, cono, pero habla, vale, habla, ¡habla! Te fijas como te están quemando todo, no oh, y quién sabe si a lo mejor los demás tan por ahí, andan por ahí en carros dándose la gran vida y tú estás aquí jodiéndote por los demás. Habla, habla, y fijate, mira, si quieres tú puedes hablar hasta con el Coronel, el Coronel es un hombre bueno. Entonces el Teniente me decía: Bueno, lo único que tú tienes que hacer es decidirte ahora, es la única oportunidad que se te da, el Coronel aquí les ha dado oportunidades a todos, a que todos se defiendan, a que todos traten de hacer algo. Entonces yo le dije, ¿Pero cómo creen ustedes que yo pueda hablar de lo imposible? ¿Cómo pueden

ustedes creer que yo vaya a hablar de algo que es imposible que yo hable? Si ustedes quieren que yo les cuente mentiras, yo les cuento a ustedes mentiras las que ustedes quieran, pero claro está díganme qué mentiras quieren que yo les diga. Entonces me dijo: Mira, si tú no hablas no me vuelves a ver, y si hablas entonces, fijate, todavía hay partes que te van a quemar, porque yo tengo que presentar allá, si te presento a ti te tengo que presentar con todo lo que tú hayas hablado... , si me presento contigo tiene que ser vivo en esas condiciones o si no muerto. Entonces yo le dije: Bueno, si no tengo nada de qué hablar, entonces tendré que llegar muerto. Entonces dijo: No, chico, trae más candela *pa'ca*, trae más, y trae unos que vengan echando candela Entonces en eso fue que entonces se apareció uno, el guardia este Bolívar, se apareció con una plancha caliente, que yo la veía, en esa parte ahí como estaba un poquito oscura, yo la veía que estaba al rojo... Entonces le preguntó al Teniente: ¿Se la pego? ¡Pegúesela! Entonces me la pegó en la nalga izquierda...

BALZÁN —¿Te habían bajado los pantalones?

LABANA CORDERO —Sí. ya me habían bajado los pantalones, los tenía por las rodillas, aproximadamente.

BALZÁN —¿De qué tipo era la plancha que te pegaron en la nalga?

LABANA CORDERO —Bueno, yo realmente no pude ver diría yo, del tipo corriente, casero.

BALZÁN —¿Cuándo te la pegaron, qué ocurrió?

LABANA CORDERO —Bueno, cuando me la pegaron lo que sentí yo era que todo el ardor de como cuando uno le pega los dedos a una plancha con un poquito de agua o saliva sonó la carne me olía a carne asada toda ya, inclusive todo el pellejo y la piel se quedó pegada en la plancha.

BALZÁN —¿Cuándo te pegaron la plancha tú lanzaste algún grito ahí?

LABANA CORDERO —Bueno, primero ahí lo que lancé fue un grito agarrado, ¿no? y traté de aguantar todo lo más posible que yo pudiera aguantar. Entonces, cuando al rato vino otra vez con la plancha, ya no me quedó más remedio

sino que pegar un grito con todo el dolor que sentía y gritar y gritar todo lo posible tratar de desahogarme del dolor.

BALZÁN —¿Tú no protestabas ahí?

LABANA CORDERO —Yo trataba de protestar diciéndole que yo era inocente, pues, que lo que estaban haciendo era una cobardía, que yo era inocente.

BALZÁN —¿Cuántas veces te pegaron la plancha

LABANA CORDERO —Me la pegaron dos veces, me la pegaron dos veces.

BALZÁN —¿En el mismo sitio?

LABANA CORDERO —En el mismo sitio me la pegaron dos veces, y después siguieron pegándome con los tizones esos me los siguieron pegando en la misma herida producida... Después que me la pegaban en la misma herida llegó y yo noté algo así como nervioso el Teniente o algo así, llegó y se fueron todos, entonces llegó y empezó y le decía a uno de los guardias ahí, uno de los policías militares, le dijo: Oye, mira, búscame allá arriba al Aguilucho, búscamelo al Aguilucho y dile que baje, dile que baje, ve y búscame al Aguilucho. Entonces llegó y esperaron un rato ahí y al rato llegó y cuando venían caminando cerca dijo: No, tú sabes la orden que hay ahí, la orden que hay es de rasparlo.

BALZÁN —¿Dijo quién?

LABANA CORDERO —Dijo el Aguilucho.

BALZÁN —¿Quién es el Aguilucho?

LABANA CORDERO —Bueno, el Aguilucho es el encargado de ahí, de el SIFA, allá en el Cuartel Corpahuaico allá.

BALZÁN —¿El Teniente le preguntó algo al Aguilucho ese?

LABANA CORDERO —Sí, él le preguntó: Bueno, chico, pero este hombre no quiere hablar, no quiere decir nada. ¿Y es cierto todas esas cosas que ? Sí, es cierto, porque no hay más pele . ese tipo no se puede pelar el que lo está acusando a él, y todos los que lo han entintado no se pueden pelar todos. . . Y entonces llegó y dijo: No hombre, este tipo me lo matan, hay que matarlo, porque la orden que hay del Coronel es esa. Hay que matarlo.

BALZÁN —¿Eso lo dijo quién?

LABANA CORDERO —El Aguilucho.

BALZÁN —¿Se lo dijo al oficial?

LABANA CORDERO —Sí, al oficial le dijo eso. Si no habla, lo maten.

BALZÁN —Perdone, usted cree que el oficial llegó, en algún momento, a pensar en la inocencia suya?

LABANA CORDERO —Bueno, yo creo que sí, porque después que antes de que mandara a llamar al Aguilucho le dijo a un guardia: Yo creo que este tipo como que es inocente y entonces de ahí fue donde llegó y mandó a llamar al Aguilucho que era el encargado del SIFA ahí. Entonces al rato, volvieron otra vez a seguirme pegando en la misma herida y entonces llegaron en un momento llegaron y dijeron: No, vale, súbele los pantalones, súbele los pantalones, me los subieron así... a medias, me subieron los pantalones, y entonces oí una voz que decía afuera que decía que le dieran unos cartones de cigarrillos, de Winston y de Chester, entonces le preguntó: Bueno, ¿qué es. lo que pasa aquí? No, no, aquí lo que pasa, mi Comandante, es que ahí está el hombre. ¿Cuál hombre? No, el hombre ese que trajeron, por lo que están los tipos aquí, los señores aquí. Entonces él dijo: ¡Ajá! Entonces llegó y se asomó donde estaba yo. Yo tenía ahí la posición, estaba inclinado de rodillas, con las manos todas atrás y tenía la cabeza baja, entonces me pude fijar en el par de botas Yo diría que el par de botas de ese señor era un par de botas especiales, porque eran unas botas grandes, inmensas, no? inmensas y estaban relucientes... y en una de esas yo alcé la cabeza y vi al hombre, ¿no? Más luego, más luego, creo yo que sería como alrededor de un mes más después, pude ver yo a ese señor, oírle otra vez la voz, verle de nuevo las botas y entonces me enteré de que era el Coronel.

BALZÁN —¿Qué Coronel?

LABANA CORDERO —El Coronel Camilo Betancourt, el Comandante del TO3 o sea del Campo ese Antiguerrillero.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después, entonces, de las planchas que lo pegaban a usted en los glúteos?

LABANA CORDERO —Bueno, entonces empezaron a pegarme en las bolas, empezaron a pegarme los tizones...

BALZÁN —¿Había instrucciones en ese sentido de que le pegaran ahí?

LABANA CORDERO —Sí, habían instrucciones que le había dado el Mayor Revilla, y entonces empecé yo ahí a sentirme mal, y en una de esas yo pegué un grito tan fuerte, creo yo, que me atontó todo, ¿no? ya los dolores y perdí el conocimiento... a medias perdí el conocimiento. Entonces empezaron a golpearme para que yo reaccionara, a golpearme por la cara y todo para que yo reaccionara, empezaron inclusive a pegarme tizones en la boca y cerca de los ojos para ver si yo reaccionaba era que estaba todavía...

BALZÁN —¿Esa fue una orden impartida ahí?

LABANA CORDERO —Sí, esa fueron orden que dio el Teniente y dijo: Bueno, pégaselo por ahí para ver si es verdad que está desmayado o no está desmayado, ¿no?

BALZÁN —El Teniente contestaba algo

LABANA CORDERO —No, no, no contestaba nada... entonces de ahí fue que llegaron ellos y dijeron: Bueno, vamos a esperar un momento para ver si recupera el conocimiento. Yo los veía porque yo me sentía consciente, ¿no? Me sentía dolorido, golpeado, de todo, no? maltratado me dolía... todo el cuerpo me dolía, pero yo veía, no? Entonces, inclusive me echaron agua en la cara, me echaron agua en la herida también, para ver si el dolor del agua en la herida me hacía recuperar.

BALZÁN —¿Hacían algún comentario en el momento en que te encontrabas en esa situación?

LABANA CORDERO —Bueno, sí, hacían comentarios entre los policías militares, hacían comentarios y decían: Este no, no, este como que está muerto, chico. No, no, qué va a estar muerto, lo que está es desmayado. No, no, no, a lo mejor está muerto, porque imagínate... ¡No, no, no! Pero hacían esos comentarios ¿no? Entonces el Teniente dijo: No, no, no, ese hombre no puede estar muerto, sino simplemente lo que está es desmayado, desmayado es lo

que está. Entonces llegó y empezaron ahí a ver la forma de hacerme recuperar porque tenían rato en eso, no? Entonces uno de los guardias dijo: ¿Lo desamarró? Sí, sí, desamárralo. Entonces me desamarraron las manos pero no me desamarraron los pies. Al rato trataron como de darme respiración artificial, como viendo que yo todavía no reaccionaba y si no lo que estaba era como en un ceceo, no? como cuando me enterraron que llegaban y yo lo que hacía era ¡Ah! como quejándome, ¿no?, quejándome, prácticamente era quejándome lo que estaba. Ay, ay, ay, el quejido ese, y volteando la cabeza de un lado hacia otro como un tic nervioso, entonces llegaron y me aflojaron de las piernas, entonces esperaron bastante rato ahí, yo sé que esperaron bastante rato, entonces llegaron y me montaron de nuevo en la camioneta.

BALZÁN —¿De ese almacén entonces lo sacaron otra vez al Cuartel?

LABANA CORDERO —Sí, de ahí me llevaron de nuevo al Cuartel Corpahuai-co y me pusieron ahí en un pasillito, un pasillito que había ahí, y me tiraron ahí en el suelo, desamarrado ya y todo y...

BALZÁN —¿No habían otras personas ahí?

LABANA CORDERO —¿Donde me llevaron? No, no había. Quien me recibió a mí fue un Teniente ahí, el Teniente que me había enterrado fue el que me recibió y dijo: ¿Qué hubo, cómo estuvo la cosa? Entonces yo ‘oí el comentario de uno ahí: No, mi Teniente, tiene una marca así de quemada como del tamaño de un menaje, que era el tamaño grande de donde uno comía, que era el tamaño de un “menaje”. Entonces, en esa situación estuve ahí yo hasta la hora más o menos de las seis de la noche, entonces llegaron y dijeron: ¿Se le da comida ahí? Sí, denle comida. Entonces llegaron y empezaron a tratar de levantarme para ir a comer, para llevarme a comer y viendo que yo todavía no reaccionaba entonces llegaron y el Capitán dijo: Bueno, ¿qué pasa ahí? No que este hombre no se quiere parar, no se para. Bueno, ¿qué es lo que tiene? No, que a ese se lo llevaron, usted sabe que se lo llevaron *pa’* allá arriba, para el Comando, y después de allá lo trajeron así. ¡Ah! ¿lo trajeron así? Sí, a él lo

trajeron y resulta que no se recupera nada. Ah, bueno, entonces métenlo ahí, a uno los cuartos esos que está ahí.

BALZÁN —¿Te cargaron?

LABANA CORDERO —Sí, me cargaron, y me tiraron ahí en el suelo en el cuarto. Entonces ahí empezaron ahí a tratar... me llamaban: ¡Labana Cordero! ¡Labana Cordero! ¡Levántate! ¡Labana Cordero! Empezaban ahí a zapatear en el suelo para que yo reaccionara y yo no... Uno, yo no quería reaccionar, yo oía todo, ¿no? pero inclusive para mover los brazos yo casi no podía y tampoco quería ni mover los brazos...

BALZÁN —¿Por cuánto tiempo, aproximadamente, permaneciste en esa situación de desvanecimiento medio?

LABANA CORDERO —Bueno, yo creo que permanecí en todo eso como alrededor de trece o quince días...

BALZÁN —Adolorido por completo...

LABANA CORDERO —Sí, adolorido, porque a medida que iba pasando el tiempo las heridas se me iba formando el pus, se me iba formando la materia ahí, poco a poco, poco a poco, poco a poco, y cada día los dolores eran más intensos, más fuertes... y, como a los varios, a los dos días aproximadamente llegaron y llamaron a un doctor, a un médico y llegaron y dijeron: No, hay que mandar a buscar a un doctor y mandaron a buscar un doctor, entonces el doctor me estuvo examinando el pulso y la tensión y bueno, dijo que no pasaba nada anormal conmigo, no? que lo único que pasaba era que yo lo que tenía era una crisis nerviosa, que había pasado por una crisis nerviosa y que tenía nervios. Entonces llegó y me vio la quemada del antebrazo izquierdo y preguntó: Oye, mira, esto es quemada, le preguntó ahí. Sí, eso es quemada, según parece, es quemada. Y dijo: ¿Y dónde fue eso? Yo no sé, eso se lo llevaron, lo vinieron a buscar allá del Comando y lo trajeron así aquí.

BALZÁN —¿Eso se lo respondió quién?

LABANA CORDERO —Eso se lo respondió ahí el Capitán.

BALZÁN —¿No recuerdas el nombre del médico?

LABANA CORDERO —No, no recuerdo el nombre del médico.

BALZÁN —¿Había tenido mucha fiebre los días

LABANA CORDERO —Quebranto era lo que había tenido, porque yo no me sentía con tanta fiebre, pero después, progresivamente, sí se me hizo muy fuerte el quebranto.

BALZÁN —A medida que avanzaba la infección de las heridas...

LABANA CORDERO —Sí, la infección de las heridas.

BALZÁN —Ahora bien, durante las noches o durante los días, ¿usted dormía mucho allí?

LABANA CORDERO —Sí, yo permanecía todo el tiempo ahí era acostado, todo el tiempo que permanecí era acostado.

BALZÁN —¿Cómo era el sitio exactamente donde usted estaba recluido?

LABANA CORDERO —Bueno, el sitio eran dos paredes de bloques y las otras dos paredes de cartón.

BALZÁN —¿Era estrecho el sitio?

LÁBANA —No. era un sitio un poco amplio, tenía alrededor de unos cinco metros por tres metros, ¿no?

BALZÁN —¿Pero estaba aislado?

LABANA CORDERO —Aislado completamente estaba.

BALZÁN —¿Había cama allí?

LABANA CORDERO —No, no había cama.

BALZÁN —De manera que dormías en el suelo permanentemente. . .

LABANA CORDERO —Sí, hasta que en una de esas que estuvo allí el doctor llegaron y me metieron un colchón, ¿no?, metieron un colchón y empezó ahí progresivamente todo hasta que llegó otro doctor y llegó y mandó a ponerme una penicilina porque me vio que tenía infestado esto del pie y de la mano, entonces llegó y me pusieron la penicilina, ¿no?, luego, a los días llegó otro doctor y de nuevo volvió a comentar en que en el antebrazo tenía una quemada, él preguntó que si tenía alguna quemada en otra parte del cuerpo, entonces

le dijeron que no, que no sabían, que a lo mejor no la tenía, que a lo mejor ese se había quemado al rozar con algo, quién sabe qué, dijo uno ahí.

BALZÁN —¿Usted no hablaba absolutamente nada entonces?

LABANA CORDERO —No, no, no, yo ni abría los ojos.

BALZÁN —¿Por qué? ¿Por qué?

LABANA CORDERO —Primero y principal porque yo tenía temor, no?, el solo hecho de que yo reaccionara y abriera los ojos, ya me empezaba a recuperar y a lo mejor volverían otra vez de nuevo a las torturas, y una de las cosas que yo quería evitar eran las torturas... ya... si estoy vivo ahora, es porque ya o lo mejor no piensan matarme o verdad piensan, como se dice, hacerme sufrir bastante, ¿no? para después matarme. Yo... mis necesidades fisiológicas las hacía en la ropa que tenía, y en una de esas el Capitán llegó y dijo: No, hay que quitarle la ropa a ese porque ya tiene muy mal olor ya. Quítesela, y él salió. Entonces cuando estaban quitándomela ya me dolía, porque inclusive el pantalón ya estaba pegado a la herida y me quejé y me dolió tanto, me dolió todo eso que creo que pegué hasta un grito, ¿no? Entonces llegaron y todos vieron y se asombraron de las heridas que tenía ahí, entonces ahí llegaron y llamaron al Capitán.

BALZÁN —¿Quiénes eran las personas que se asombraron de la herida que usted presentaba allí?

LABANA CORDERO —Unos guardias que estaban allí.

BALZÁN —¿No se acuerda de los nombres de ellos?

LABANA CORDERO —No, lamentablemente no recuerdo nombres...

BALZÁN —¿Llamaron, entonces, al Capitán?

LABANA CORDERO —Sí, llamaron al Capitán, entonces el Capitán, cuando me vio, dijo: Yo no había visto esto. Yo no había visto. Llámeme inmediatamente ahí arriba y díganle que venga un médico rápido. Llamaron y bajó el médico y entonces cuando me vio, dijo: Bueno, ¿qué pasó, y quién es éste, nadie sabe de esto? Dijeron: No, no, nadie aquí sabe nada de esto. Entonces empezaron:

No, este lo trajeron así de allá, del Comando. Entonces preguntó: Bueno, ¿con qué se puede curar? No, eso se cura con mercurio cromo se cura eso.

BALZÁN —¿Dijo quién?

LABANA CORDERO —El médico, eso se cura con mercurio cromo, lo que hay es que ponerle una penicilina para cortar la infección. Entonces el enfermero de ahí de la compañía de guardias que había ahí empezó a curarme a diario: Toro Sanoja era el nombre del enfermero, ¿no? uno de los que me había llevado a enterrar, y entonces diariamente me untaba ahí mercurio cromo, mercurio cromo, mercurio cromo. El lo que trataba era de que yo me recuperara, trataba de ver cómo me recuperaba, él era el que me inyectaba e inclusive en varias ocasiones trató de darme líquido a beber, comidas líquidas como avena, agua, todas esas cosas trató de darme a beber porque yo sí sentía, sentía adentro que yo me quejaba y pedía agua, no? pero muy callado lo decía porque ya yo me sentía muy, muy débil, muy débil ya... En una de esas llegaron y hablaron y estuvieron ahí buscando en un botiquín que tenían a ver si conseguían *Curasil*, me pusieron el *Curasil*, hasta que llegó y me quitaron toda la capa de la costra que tenía pegada toda la piel, una costra inmensa

BALZÁN —¿Eso te dolió profundamente?

LABANA CORDERO —Sí, claro, me dolió más que inclusive la misma pegada de la plancha... entonces, en una de esas que me estaba curando el enfermero, llegó y dejaba la puerta abierta de la habitación esa, del calabozo, pues, y pasó por ahí un Comandante que en otra ocasión yo lo había visto, que lo llamaban el Comandante Miguel Ángel Aguerrevere, me parece que se llamaba, teniente coronel, entonces pasó y se asomó y me vio, entonces preguntó, le preguntó al enfermero que si yo era un militar. El contestó diciendo: No, no, no es ningún militar, es un prisionero. ¡Ah! ¿es un prisionero? ¿Y qué le pasó a este prisionero? ¿Qué es eso, un tiro? Entonces le dijo: No, no, esto es quemado. Entonces fue recuerdo yo que esa fue la primera vez que yo hablé ahí, le dije: Usted primero me interrogó, realmente él primero me interrogó y me dijo: Oye, ¿cómo te llamas tú? Entonces le contesté yo, muy débil le contesté: Yo

me llamo José Efraín Labana Cordero. ¿Y quién te hizo a ti eso? Entonces yo le dije: Esto me lo hizo un Teniente allá en el Comando. ¿Estás seguro que fue allí en el Comando? Estoy seguro que fue en el Comando. ¿Por qué estás tú seguro de que fue en el Comando? Entonces yo le dije: Porque yo sé, yo conozco el Comando, ¿a mí no me llevaron allá? y yo sé que fue allá. ¿Y en qué parte del Comando te hicieron a ti eso? Entonces yo le dije: En un sitio muy alto, muy grande, que es como un almacén grande, con barrotes y todo y estoy seguro de que ese es el Comando. Entonces dijo: ¿Y tú conoces el Teniente? Le dije: No, no lo conozco, pero si yo lo vuelvo a ver a lo mejor lo conozco. ¿Y con qué te hicieron a ti eso? Yo le dije: Bueno, eso fue con una plancha, pero más bien parecía más bien un menaje caliente, al rojo. ¿Con un menaje, estás seguro de que fue con un menaje? Bueno, yo estoy seguro que fue entre una plancha y un menaje. Entonces me dijo: Bueno, ¿y por qué estás tú así? Entonces le dije: Bueno, hasta el presente, hasta el presente, yo no sé ni por qué estoy aquí. Han tratado de acusarme de una cantidad de cosas y es imposible que yo lo sea, porque yo me conozco y sé quién soy. Entonces él me dijo: Bueno, ¿y de dónde eres tú? Entonces yo le dije: Soy de Caracas. ¿Y a ti te agarraron en la montaña o te agarraron...? Entonces yo le dije: No, a mí me agarraron en Caracas. ¡Ah! ¿te agarraron en Caracas? ¿Por qué te trajeron a ti *pa'cá*? Porque me trajeron. A mí me trajeron para acá porque dicen que yo y que soy entrenador de guerrilleros, porque dicen que yo y que era el contacto que llevaba gente palas montañas, que yo y que era una cantidad inmensa de cosas, que yo y que conozco una cantidad de gente, pero es imposible porque yo le digo a usted que era lo que iba a hacer, porque yo lo que sé es que soy un buhonero. Bueno, ¿tú sabes una cosa?... es imposible que eso haya sido en el Comando. Yo estoy seguro que es en el Comando. Entonces llegó ahí un guardia y le dijo: Hazme el favor, mire, llámeme un momentico al Capitán. Entonces llegó el Capitán. Le dijo: ¿Este hombre por qué está así? Entonces dijo: No, él está así porque lo trajeron, así lo trajeron. ¿Cuánto tiempo tiene él aquí? El tiene aquí como más de un mes, como dos meses casi tiene. Bueno, ¿cuándo fue eso?

Entonces yo le dije, en la conversación le dije: No, yo estoy aquí desde el 7 de enero y eso fue como el 7 de febrero. ¿Estás seguro de que fue el 7 de febrero? Sí, el 7 de febrero, ¿cómo no me voy a acordar yo de la fecha? Entonces le dijo al Capitán: Ustedes no me han pasado a mí esta novedad. Yo pasé la novedad al Coronel. Yo pasé la novedad para allá arriba. ¿Estás seguro? Sí. ¿Por qué no me enterado yo de esto? Yo no sé, pero yo no he podido saber por qué a usted no se la han pasado. Entonces en ese momento entraron una cantidad de personas ahí, extraños, que no los conocía y empezaron a hacer un interrogatorio de por qué estaba yo así, todo eso, que qué había pasado.

BALZÁN —¿Quiénes eran esas personas?

LABANA CORDERO —No sé, porque la mayoría estaban del lado afuera. Entonces llegó y me dijo: Oye, chico,

vamos a ver qué pasa vale, vamos a ver qué pasa. ¿Cómo es que te llamas tú? José Efraín Labana Cordero. Ah, pues, vamos a ver qué pasa. Entonces poco a poco a cada momento llegaban tenientes... y llegaban una vez y como yo no podía ni tragar, entonces llegaron y me empezaron a poner suero, tuve como varios días con el suero. Entonces yo, llegó un momento en que dijeron: Bueno, ya este hombre, ya., vamos a ver qué es lo que se hace, pues, porque hay que sacarlo de aquí. Entonces llegaron y me empezaron a sacar hacia afuera.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después?

LABANA CORDERO —Llegué y le pregunté al Guardia que en qué fecha estábamos y entonces me dijo: 3 de marzo. Me sacaron al sol. estaba tomando sol en el patio y estaba caminando, ¿no? cojeando, ¿no?,-caminando por el patio y vi una cantidad de gente saliendo de los lados del cuartel, y vi que venían todos hacia mí, ¿no? Entonces me dice el Capitán de ellos: Labana, venga por acá, y me llevó al baño. Entonces llegó y el más alto de todos llegó y me dijo: ¿Oye. sabes una cosa? A mí me habían informado de que tú tienes una quemada en el cuerpo. ¿Podría verla? Le dije, como no: me bajé los pantalones y le mostré todas las marcas. Entonces me preguntó que quién me había hecho eso y yo le dije: Bueno, eso me lo hizo a mí un Teniente allá arriba, en el

Comando ¿Estás seguro de que fue en el Comando? Sí, estoy seguro que fue en el Comando ¿Con qué fue eso? Entonces yo le dije: Bueno, eso fue entre una plancha y un menaje. Pero estoy casi seguro de que fue un menaje. Y dijo, ¡Ah!, sí, ¿y tú te dejaste hacer todo eso defendiendo a quién? Y yo le dije: Bueno, yo me dejé hacer todo eso defendiendo mi inocencia. Y ¿tú conocías al que te detuvo? No lo conocía. Oye ¿y cuánto ganabas tú en tu trabajo? Yo trabajaba privado. ¿En qué trabajabas tú? Buhonero ¿Y ganabas plata ahí? Sí, bueno, en vez en cuando, cuando los días eran buenos, ganaba. Entonces me dijo: Yo te ofrezco a ti un trabajo. ¿A ti te gustaría trabajar con nosotros? Le dije que no. Le dije que no y *voltié* la cara hacia un lado porque me dio rabia, ¿no? que después de todo eso me fueran a ofrecer su trabajo, era imposible que yo estuviera con eso. Después entonces le vi las botas que me habían llamado la atención cuando me estaban torturando y después me empecé a recordar de la voz de él, y de la voz del que estaba pidiendo los cigarros y la cara, y entonces no me quedó, no me cupo la menor duda de que ya sabiendo que ese con que estaba hablando era el Coronel y él había estado el día ese allá... entonces me dio una rabia, me dio, ¿no? Entonces me dice: Bueno, ¿qué has decidido tú?, ¿qué has pensado tú de tu vida? Yo lo único que he pensado de mi vida es lo siguiente: que yo quiero que me pasen a los Tribunales Militares. Entonces me dijo: ¿Para qué? ¿Para qué quieres tú que te pasemos a los Tribunales Militares para que allá en Maracaibo, en el segundo piso te agarren todos, te terminen de adoctrinar, no, no? Entonces me dijo: Pero, ¿tú tenías amigos entre los comunistas? Le dije: Bueno, amigos comunistas los puede tener usted, amigos comunistas los pueden tener en todas partes. Una persona en el mundo que no tenga un amigo comunista, creo yo que eso no existe ya. En todas partes los hay, y si yo los tenía, a lo mejor los tengo, ¿qué voy a saber yo quiénes son y cómo son?, a mí no me interesa nada de lo que es el comunismo ni saber cómo son. Entonces dijo, no, no, no, no, no, ahora no, no, no, mucho menos, no, no, *pa'lla* no vas. Entonces le dijo: Oiga, Capitán, cuando este hombre me quiera decir algo inmediatamente me lo pasa, por favor. Entonces llegó y se

fue. Y este hombre me lo afeita, porque realmente estaba muy peludo y todo. Después de eso, pasó varios días y en una de esas logré hablar con uno de los presos que llegó y me dijo que el 19 de marzo iba a ir una Comisión del Congreso. Yo me sentía bastante agradado con que fuera una Comisión del Congreso porque me iba a dar la oportunidad de hablarles a todos y decirles a todos qué era lo que me pasaba a mí. Pero el día 19 que habían dicho que venía el Congreso, que nada más solapadamente se sabía entre los presos, llegaron y me dijeron que me iban a dar la libertad y me pasaron a unos calabozos que quedaban ahí en el Comande. Unos calabozos de rejas de hierro, todo cerrados, que no se podía ver hacia afuera, por ningún modo se podía ver hacia afuera y en una de esas me sacaron, creo que fue al día siguiente, me sacaron y habían como alrededor de quince, unos quince tenientes o algo así, que yo había oído decir entre ellos mismos, que estaban ahí, hablando y conversando. que estaban en curso. Y empezaron ahí a interrogarme, a preguntarme: Que qué había pensado yo de la política actual, que qué pensaba yo. que si yo era un materialista y empezaron ahí y en una de esas llegó uno, que después lo logré ver porque era el oficial de guardia, y llegó y cuando me metió al calabozo me preguntó... me hizo el mismo interrogatorio de todos, pero ya muy aparte y me dijo que qué me habían hecho, y yo le dije que no me habían hecho tanto, pero me habían hecho algo. Entonces me dijo: ¿Qué te hicieron? Entonces yo le mostré todas las heridas que tenía. El se quedó asombrado. Entonces yo le dije: que por favor me hiciera el favor de conseguirme unas pastillas aunque sea de *Optalidón* o de *Cafenol*, lo que sea, ¿no? porque tenía fuertes dolores de cabeza. Entonces me dijo: ok. Después se presentó el mismo oficial, ¿no?, se presentó con dos médicos. Entonces llegaron y lo primero que dijeron fue: desnúdese todo. Entonces yo me desnudé todo, empezaron a ver las heridas. Empezaron a preguntar que cuánto tiempo tenía yo que me habían hecho eso y le dije que yo tenía aproximadamente como mes y medio. ¿Y dónde te lo hicieron? Allá abajo, como ya yo había dicho... Entonces ellos dijeron: ¡Caramba! ¡Qué cosa tan grande! que cómo era posible que lo

hubieran hecho ahí, ¿no?, que en esa situación no habían visto a ningún otro preso. Entonces llegó y me dijo que me iba a dar unos remedios para eso y para los dolores de cabeza. Esa misma noche llegó y me mandó a buscar el doctor . Yo lo único que recuerdo ahora es que era de apellido Santos. Entonces llegó él y me dijo: Mira, sabes una cosa, que no vamos a poder hablar aquí mucho porque hasta el presente no tengo permiso para hablar contigo, pero te traje para acá porque yo sé que tienes problemas. Dime, qué es lo que te ha pasado? Entonces yo le dije: Bueno, a mí me enterraron vivo. Entonces le expliqué la forma como me habían enterrado vivo, lo que me habían hecho... Entonces le dije que tenía fuertes dolores de cabeza desde esa vez y que sentía que me golpeaba algo adentro de la cabeza, que tenía dolores y que a veces de noche me despertaba como con una pesadilla. Entonces me dijo que yo lo que necesitaba era un tratamiento de psicoterapia y que él iba a tratar de hacer todo eso porque él tenía que hacer algo por el mismo estado en que me habían dejado, torturado, que él iba a hacer todo lo posible. Entonces me dio los remedios que me había ofrecido, una pomada y unas gotas de no recuerdo qué nombre era... en eso estuvimos como alrededor de siete veces me vio él a mí... la primera vez me hizo un interrogatorio tipo infantil, me hizo unos test mentales y después llegó y él dijo que era a nivel universitario que me había hablado, que yo era un mentiroso porque yo y que era un universitario porque le había entendido todo lo que había dicho, le había contestado todas las preguntas. Y ya, para ese entonces, ya como que había permiso del Comando porque en una de esas yo vi que estaban escondidos unos detrás de un tabique que había ahí, logré ver a unos dos debajo, ya ese interrogatorio no depende de un doctor sino de militares. Entonces, después de eso me cambiaron a mí de ese calabozo a otro más lúgubre, más chiquito, más hediondo porque quedaban todos los baños ahí... y empezaron a seguirme dando remedios, para los dolores de cabeza principalmente. Le pedí al oficial de guardia que me llevara a hablar con el oficial encargado, con el Coronel, porque quería hablar principalmente con lo que se refería a mi traslado a la Cárcel de Maracaibo a los

Tribunales Militares. Y me llevaron. Ese día me recibió el Teniente Coronel Párraga Núñez, y entonces me dijo: Hola, Labana, siéntate, ¿y no quieres tomarte un café? Bueno, me recibió así en esa forma tan afable, tan amable. Llegó y dijo: Bueno, ¿cuál es tu problema ahora? Entonces yo: Bueno, mi problema ahora, señor, es lo siguiente: yo quiero que me pasen a los Tribunales militares y yo creo que el único que puede hacerme ese favor es usted o el Coronel, yo quería hablar directamente con usted para que me pasaran a los Tribunales Militares, y ya en los Tribunales Militares ya yo sé qué es lo que va a pasar conmigo. Entonces él me dijo: ¡Ah!, ¿entonces tú quieres saber qué es lo que va a pasar contigo? Yo le dije: Sí, eso es lo que yo quiero saber lo que va a pasar conmigo, yo tengo ya mucho tiempo detenido, no se me ha hablado de juicio, no se me ha hablado de nada ¡Ah! ¿Tú quieres saber qué es lo que va a pasar contigo? Entonces llegó y se paró, se asomó a la puerta y llegó y pegó un grito: Epa, Juan, venga acá. Mira, a éste me lo meten en el calabozo, le sacan colchones, le sacan toda la ropa y me lo dejan desnudo allá. Eso es lo que va a pasar contigo. Además, tú eres un asesino, tú eres un asesino y eso es lo que va a pasar contigo. ¡Métamelo para allá! Entonces llegó y bueno, me fui con los guardias ahí, me sacaron todos los corotos todos ahí y entonces llegaron y precisamente ya era casi la hora de la comida, al rato llegaron metiendo la comida, entonces no la acepté, no acepté la comida y dije que no iba a aceptar comida porque me iba a declarar en huelga de hambre, que hasta que no me llevaran a los Tribunales Militares yo no comía.

BALZÁN —¿Cuánto tiempo estuviste en huelga de hambre?

LABANA CORDERO —Tuve como alrededor de cuatro o cinco días en huelga de hambre.

BALZÁN —¿Por qué la suspendiste?

LABANA CORDERO —Bueno, yo la suspendí por la siguiente razón: Llegó y yo estaba en mi huelga de hambre ahí, tendido en el suelo y lo único de vez en cuando eran los guardias y lo único que les decía era que me pusieran una botella afuera con agua, para yo, con un pitillo, sacar agua, ¿no? y los guardias

llegaban y hacían eso. Después, en una de esas, me sentía que realmente, me sentía muy mal, hasta mareado y todo... entonces yo dije no me queda más que hacer sino que quedarme aquí tendido en el suelo. Entonces llegaron y en una de esas abrieron el calabozo y apareció el Teniente Coronel que había visto abajo. Y llegó y dijo: ¿Quién es el que está aquí en huelga de hambre? Entonces cuando me vio, llegó y yo vi la reacción de él, el cambio de rostro todo, ¿no? Llegó y dijo: Bueno, llamen un médico para acá rápido, y ustedes todos se me van de aquí para afuera, ¡todos, todos! Sacó a todos, mandó a salir a todos y entonces llegó y se quedó conmigo ahí. Oye, vale, yo creía que tú estabas en libertad, te lo juro que yo creía que tú estabas en libertad ¿Qué haces tú aquí? Entonces yo le dije: No, de allá abajo me pasaron para este calabozo de enfrente y ahora me pasaron para acá. ¿Y por qué estás tú en huelga de hambre? Yo le dije: Porque yo quiero que me pasen a los Tribunales Militares y entonces hablé con el Comandante Párraga y el Comandante Párraga no me quiso pasar a los Tribunales Militares, sino más bien lo que me dijo a mí que lo que iba a pasar conmigo era todo esto, que no me iban a llevar a ningún Tribunal Militar y me metieron aquí. Yo entonces dije: no me quieren pasar para ningún Tribunal Militar, entonces yo prefiero así morirme de hambre... Entonces me dijo: Bueno, ¿ya tú habías recibido visita de tus familiares? Le dije: Sí, mis familiares me vieron en ese estado así y me han visitado dos o tres veces ya. Entonces me dijo: ¿Cómo crees tú que se te solucione tu problema? Yo le dije: la única forma que se me solucione es los tribunales, ya por lo menos ustedes salen de su problema aquí y yo salgo del mío y si yo voy a pasar diez o cincuenta años preso, los paso, pero en una cárcel, ésta no es ninguna cárcel, esto más bien yo lo veo como un tren que va de un lado a otro lado... Entonces me dice: Sí, es cierto, tú tienes razón, pero. . . ¿a ti te gustaría hablar con el Coronel? A mí me gustaría hablar con el Coronel directamente para decirle que me pase. Entonces me dice: Pero, a ti te fue hallado culpable o no culpable, porque yo te digo francamente, yo no sé nada de eso, porque yo soy encargado de otras cosas aquí. Yo no tengo nada que ver con los presos.

Entonces llegó, al rato llegó ahí un doctor y entonces empezó a decirme que parara la huelga de hambre y esto y el otro... Entonces el Comandante me dijo: Lo único que te puedo prometer yo es lo siguiente: yo te voy a prometer que voy a hacer que tú hables con el Coronel dentro de esta semana, dentro, si es posible, mañana o pasado para que hables con el Coronel, pero eso sí, vas a comer.

BALZÁN —¿Cómo es el nombre de ese Teniente Coronel?

LABANA CORDERO —Este, el nombre de ese Teniente Coronel es Miguel Angel Aguerreverre. Entonces llegó y vista la promesa que me había hecho él, ya no me quedaba más recurso sino ese, comer, para entonces después volver... si en tal caso yo hablaba Coronel y no había ninguna solución, entonces volvía a declarar en huelga de hambre. Esa solución que yo le vi a eso, entonces comí.

BALZÁN —¿Tú hablaste con el Coronel?

LABANA CORDERO —Una noche, varios días después, una noche me llevaron a donde el Coronel, me recibió y me dijo: ¿Qué has pensado tú de todo lo que te he dicho yo? Yo le dije: Yo lo que he pensado es que usted, necesariamente, Coronel, usted me tiene que dar la libertad, porque yo soy un hombre inocente. Y qué dices tú de... tú sabes una cosa, yo te tengo aquí en este momento, a alguien, un amigo tuyo que te conoce pero plenamente. ¿Tú quieres que te lo reciba? Bueno, muéstrémelo, y que me diga él de qué me conoce. Si él dice la verdad, él le va a decir que él me conoce a mí me conoce de por mi casa, me conoce es de estudios, me conoce es de cualquier otra forma o me conoce de algún trabajo, pero de más nada. Entonces me dice: ¿Y qué me dices tú de los tres policías asesinados...? Entonces le dije: No hombre, ¿qué policías voy a saber yo? Es imposible que yo sepa nada de eso. primero y principal, no sé qué pueda pasar, yo del presente no he hecho eso nunca. Entonces me dice: ¿Estás seguro que tú no lo conoces? Abrió una puerta, detrás estaba oscuro, entonces él me dice: hay testigos de que tú eres el responsable de lo que te estoy diciendo. Entonces yo le dije: es mentira. Cuando él abrió la puerta y yo le dije que era mentira, entonces llegó y le dijo al guardia: Sáquelo, sáquelo,

lléveselo. Después, cuando yo iba cerrando bien la puerta dijo: ¿Tú quieres que te lleven a los tribunales militares? espera que te voy a mandar, me dijo. Entonces, ya visto todo, no me llevaron a los calabozos sino que me pararon por ahí cerca, entonces apagaron todas las luces y metieron a tres hombres dentro, ¿no?, yo los había visto que los acababan de bajar de la camioneta y a oscuras los metieron ahí. Entonces los metieron ahí y duraron como alrededor de dos o tres horas, los sacaron, entonces los guardias y el Coronel dice: ¿Estás seguro de lo que tú dices de que tú eres inocente? Entonces le dije: Sí...

BALZÁN —¿Tú no lograste saber quiénes eran las tres personas que habían entrado?

LABANA CORDERO —Bueno, después del tiempo, yo logré ver a dos de esos. Y me enteré de que era que los acababan de agarrar presos, yo logré reconocer, porque una vez los vi y después lo vi de cerca y entonces le pregunté que si una noche no lo habían llevado hasta un sitio determinado, estuvimos hablando rápido en una ocasión cuando ya me habían bajado de nuevo. Bueno a él le habían dicho que lo iban a tirar del helicóptero.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después de esa conversación con el Coronel?

LABANA CORDERO —Después de esa conversación, llegó y duré varios días varios días ahí esperando hasta que el Coronel que me iba a mandar *pa'* los Tribunales Militares, esperando, no? Hasta que llegó un día y me bajaron *pa'el* Corpahuaico.

BALZÁN —¿Cuántos meses habían transcurrido ya de tu detención?

LABANA CORDERO —Habían transcurrido ya seis meses, siete meses habían transcurrido cuando me llevaron allá. De ahí empecé a llevar una vida monótona, ahí de pie, en el mismo sitio, hasta el mes de julio.

BALZÁN —¿Cuántos presos había ahí?

LABANA CORDERO —No, estaba solo.

BALZÁN —¿Seguías incomunicado?

LABANA CORDERO —Seguía incomunicado, hasta el mes de julio, agosto, desfilando presos. Luego me pasaron del Comando al Corpahuaico, de nuevo

aislado. Seguí recibiendo la visita de mi familia rodeado de un Guardia Nacional y un miembro del SIFA. El Juez del Tribunal, el Capitán Rivero, me decía que la única forma de salir en libertad era saliendo al exterior. Yo le decía: Señor, ¿qué voy a hacer yo en el exterior? Yo tengo a mi familia aquí y no tengo nada que buscar en el exterior. El me decía: Bueno, piénsalo. Yo le decía que ya lo había pensado. Pasaba el tiempo y no se decidía qué pasaría conmigo, ¿no? Y en septiembre hice una huelga de hambre para que se decidiera lo que iban a hacer conmigo. Algunos presos me dieron caramelos, yo le había dicho que me pondría en huelga de hambre para que se decidiera de una vez por todas qué pasaría conmigo, ¿no? Cuando tenía 5 días en eso, el Capitán me dijo que por qué me había puesto en huelga de hambre y yo le decía que quería que me llevaran a los Tribunales. El noveno día me puse en huelga de no hablar y me puse un pañuelo en la boca; en seguida vino el capitán y dijo que me quitara el pañuelo, yo me lo quité y se lo di. Me mandaron a quitar la ropa. Me la quitó y se la di. Me dijeron que me quitara los interiores y también me los quitó. El Guardia y el Capitán se asombraron con las cicatrices. Me preguntaron que qué era eso y no les contesté. Cerraron el calabozo y en seguida vino el Juez. Me preguntó qué quería y le dibujé una calavera y yo le dibujé una calavera. Morirte, me dijo: dije sí con la cabeza. Pero puedes salir al exterior, me dijo. Le escribí. No abro la boca nada más que en los Tribunales. Me entró una crisis de nervios, no sé qué y... y... me puse a llorar. Tenía rabia. Yo voy a hacer todo lo posible, dijo, y se fue. En la noche llegó un Mayor que no recuerdo cómo se llamaba, y me dijo que el Coronel me mandaría a los Tribunales. Pero tienes que comer. Yo como en los Tribunales. Me llevaron a los Tribunales. No tenía hambre, mejor dicho, no sabía qué me pasaba, no podía comer, la comida se me trababa, sólo tomé jugo y leche y un poquito de tomate. Me llevaron a las oficinas del SIFA y el Aguilucho me dijo: Firma aquí y lee. Leí, decía mi nombre, mi dirección y que me atenía al artículo 197 de la Constitución. Firmé. Entonces me pasaron a los Tribunales. Ya tenían preparado un papel y les dije que me atenía al artículo 208 del Código Militar. Me preguntaron

que cómo lo sabía y yo les dije que me lo había dicho un Guardia hace mucho tiempo. Lo pusieron y firmé. Firmó el Juez, el Fiscal y dos oficiales como testigos. Al día siguiente vino mi papá de visita y le dije que me habían pasado a los Tribunales. Le pregunté qué le habían dicho mis hermanos de una posible salida al exterior. Me dijo que no había podido reunir la plata. Bueno, le dije, yo creo que no va a ser posible salir en libertad, aquí dicen que tiene que ser para el exterior porque hay problemas. Después de la visita pasaron a mi papá a los Tribunales, no me dijeron para qué, pero me extrañó. Pasaron varios días hasta que en una oportunidad, recuerdo que fue en octubre, el 13 de octubre, llegué y ahí al lado estaba un muchacho que lo acababan de operar de apéndice, ¿no? y lo sacaron, en una madrugada lo sacaron y lo colocaron en un patio, a dormir en un banco. Entonces llegó y por un instante me pareció la voz conocida y entonces cuando llegaron y preguntaron, oí una voz ronca, bastante conocida me pareció y le dijeron que se acostara ahí, que cuando tuviera alguna necesidad fisiológica, que si quisiera defecar entonces inmediatamente lo atendían, cualquier necesidad que tuviera. Entonces el día siguiente, como a las 6 y media o siete me sacaron al baño y dio la casualidad de que nos sacaron a los dos juntos, pero yo iba adelante y él iba atrás y no había logrado ver la persona.

BALZÁN —¿Ibas acompañado con guardias?

LABANA CORDERO —Con guardias, dos guardias. Entonces yo estaba indeciso de si voltear la cara y tropezarme con una persona conocida después de tanto tiempo de haber estado detenido ahí y no ver ninguna persona conocida, y esa persona, su voz, me había parecido conocida. Entonces, cuando llegamos abajo entonces dio la oportunidad de voltear, vi que era Felipe Malaver. Felipe Malaver *era que lo* había yo conocido en el Barrio de Lídice, donde vivo yo, y además lo había conocido porque en una oportunidad me consiguió trabajo en los sindicatos bancarios. Entonces me asombré yo de verlo allí, en esa situación, entonces lo único que logró decirme en esa oportunidad, me dijo:

Trata de avisar a la casa. Avísame a la vieja. El me decía que le avisara a la vieja, que le avisara a mamá Rosa porque yo la conozco.

BALZÁN —¿En qué condiciones viste a Felipe Malaver?

LABANA CORDERO —Bueno, yo lo vi en las condiciones siguientes: El se veía bien, pues, caminaba bien, no se le veía que estuviera dolorido por golpes, ni nada, ¿no? El cargaba un pantalón marrón y una camisa a cuadros marrones, rojos, así, ¿no? Entonces, después que lo vi en esa oportunidad, después entonces empecé a hacerme la idea de ver cómo, estando yo así, aislado, podía comunicarme con él, hablar, conversar, preguntar por... ¿cómo están todos por fuera, no?, principalmente que cómo estaba mi familia, que él la conoce, y todo... Yo en ningún instante pensé en hablarle directamente porque yo me suponía: si a él lo habían agarrado en algún problema y yo le hablaba, entonces ya había una asociación de que éramos amigos y a lo mejor lo enredaban a él en algo que yo tuviera, que no tenía prácticamente nada, sino las acusaciones de ellos, que eran falsas todas. Entonces, entre una de las paredes de esas, de ese calabozo, entre la pared de bloques y la pared de cartón, había unas ranuras, entonces yo, como tenía papeles ahí, yo me la pasaba dibujando, haciendo dibujos, tenía papeles, entonces se me ocurrió la idea de pasarle siquiera un papel para preguntarle cuánto tiempo tenía preso, que cómo lo habían agarrado y tratar de comentar algo con él. Y la alegría que me daba a mí, que sea él, en esas malas condiciones aunque sea, un amigo, alguien que me conociera y le pasé un papel preguntándole que cómo estaba y que cuántos días tenía preso y después él me contestó. Tardó mucho tiempo en contestarme el papelito y cuando lo hizo, lo hizo, supongo yo, que debe haberlo hecho con saliva y tierra, de tratar de escribir en el mismo papel, al reverso, tratar de escribir dos días, ¿no? Entonces me di cuenta yo de que no tenía lapicero, no tenía lápiz con qué escribir nada, entonces con un repuesto de bolígrafo que yo tenía, llegué y se lo pasé por la rendija y él lo agarró. Entonces le pasé papel, entonces me contestó que tenía 2 días detenido, en una alcabala y que él había tomado, principalmente había tomado una cola que le había dado un

doctor, de nombre Pasquier, que le había dado una cola, pues, en su carro y que en la alcabala lo habían detenido y lo habían pasado ahí. Bueno, después él me dijo a mí de que el Coronel le había prometido escribirle un telegrama a su mamá explicándole, pues, que él estaba ahí detenido y que lo vinieran a visitar y a saludar.

BALZÁN —¿Todo esto te lo contó a ti Felipe Malaver a través del papel?

LABANA CORDERO —Sí, todo eso me lo contaba él a través de los papeles que yo le había pasado.

BALZÁN —¿Aproximadamente durante cuántos días se estuvieron ustedes pasando esos papeles?

LABANA CORDERO —Bueno, nosotros tuvimos aproximadamente como alrededor de dos días y medio, casi los tres días estuvimos ahí pasándonos papeles.

BALZÁN —¿No tuvieron nunca peligro de ser sorprendidos ahí?

LABANA CORDERO —Bueno, nada más que en una oportunidad en que llegaron y el día, exactamente, el día 14 en la mañana, llegaron y nos tocaron a las dos puertas de los dos y lo sacaron a él y lo trasladaron a unos calabozos que están ubicados en la parte atrás del cuartel en otro sector del Cuartel Corpahuaico. A él lo colocaron en el Calabozo número 3 y a mí me colocaron en el 4. Para ese entonces, recuerdo, que estaba en el calabozo número dos, un señor de apellido, que llamaban Tobías Torrealba. En el número cinco estaba un muchacho llamado Juan Gómez, en el número seis estaba un muchacho llamado Pérez Márquez, en el número siete estaba uno llamado César Augusto Cabrera Rivero y en el ocho tenían al doctor, al doctor Pasquier.

BALZÁN —¿Ustedes llegaron en alguna oportunidad a ver al doctor Pasquier?

LABANA CORDERO —Yo lo logré ver en una oportunidad que lo llevaban a hacer sus necesidades fisiológicas, que quedaba un poco retirado del sector donde lo tenían a él. Entonces tenían que pasarlo por todo el frente de donde yo estaba.

BALZÁN —¿Podría describirme físicamente cómo era?

LABANA CORDERO —Bueno, yo lo puedo describir físicamente porque resulta que era un señor de aproximadamente 1,65 ó 66 de estatura, este era él un poco gordo, no obeso por completo sino un poquito gordo, y tenía unos lentes azules...azules con una montura de ese tipo que llaman montadura fina, ¿no?

BALZÁN —¿Aproximadamente qué edad le calculaba usted al doctor Pasquier?

LABANA CORDERO —Bueno, yo le calculo aproximadamente la edad de unos treinta años.

BALZÁN —¿Qué ocurrió después de ese traslado de ustedes hacia esos calabozos que usted acaba de explicar?

LABANA CORDERO —Bueno, después del traslado que nos metieron en esos calabozos, empezaron en el cinco, Gómez empezó a preguntarle al del calabozo número tres cómo era su nombre, entonces él le dijo: Mi nombre es Rafael Felipe Malaver.

BALZÁN —¿Qué ocurrió más adelante?

LABANA CORDERO —Bueno, resultó que el del siete, como le venía diciendo, llegó y le preguntó que si él tenía algún otro hermano, ¿no? porque él era de Margarita, en Cumaná, principalmente, entonces le dijo que sí. que él tenía otro hermano y que no estaba acá. Entonces le dijo: Bueno, yo he oído hablar de él. Entonces llegaron y pienso yo, que resultó que los dos probablemente tienen familiares entre sí. Conversaron, principalmente, de cómo estaba la situación principalmente por allá, por Margarita, y lo referente a los familiares. Entonces, eso venía siendo el día 14, entonces llegaron y empezaron a conversar, a hablar, y empezaron a preguntar cómo había sido la forma en que lo habían detenido, este, principalmente todo este diálogo se hacía era a gritos, ¿no? a gritos entre ellos, porque no tenían una comunicación cercana, estaban separados aproximadamente de tres metros a cuatro metros del calabozo. Entonces llegaron y empezaron ahí a comentar y a recordarse la persona, el tipo margariteño. y entonces el muchacho, el que se llama Cabrera Rivero, llegó y

en una de esas le cantó el Galerón Margariteño, el cual Felipe le volvió a decir que lo repitiera de nuevo. Entonces, en ese transcurso, al día siguiente, día 15. en la mañana, debido a que mi cumpleaños es el 11 de octubre, mis familiares me mandaron una torta que recibí como aproximadamente como a las 9 ó 9 y media de la mañana. Entonces me hicieron entrega de la torta, que estaba dañada toda, pero se le notaba que se podía comer, ¿no? y mientras me estaban entregando la torta yo pregunté a todos los oficiales que estaban ahí y al señor Rivero, le pregunté que si yo podía repartir la torta a todos los demás presos que estaban ahí. Entonces dijo que cómo no, que podía repartirla, entonces debido a que habían unos platicos y unas cucharillas, le repartí a todos. Ahora, cuando yo le estaba entregando a Felipe, le estaba entregando la torta, llegó y me dijo a mí que si le podía hacer el favor de regalarle dos velitas de las que yo tenía porque resulta que su hija Irania estaba cumpliendo años exactamente ese mismo día. Entonces llegó y le pedí permiso al señor que estaba ahí y a un Teniente, le pedí permiso, para entregarle las dos velitas, ¿no? le entregué las dos velitas y luego le iba a entregar la torta al doctor Andrés Pasquier, entonces no me permitieron pasar hacia el calabozo donde se encontraba él, porque resulta de que estaba completamente incomunicado. De ahí llegó y me metieron en el calabozo y estuve ahí un rato y me pasaron entonces un cartón donde decía, en letras hechas con la parte brillante de la caja de cigarrillos, decía: “Irania dos años”. Entonces llegó y me dijeron que la autografiara, entonces yo le puse mi nombre y además de mi nombre le puse la fecha: 15 de octubre de 1966... y así, sucesivamente, lo fueron pasando por todos los calabozos. Decía él que para el recuerdo del cumpleaños de su hija, cuando él estaba preso.

BALZÁN —¿En qué forma se lo dijo él?

LABANA CORDERO —El se lo dijo al guardia, ¿no? Le dijo que le hiciera el favor y le pasara el cartón, se lo pasara a todos los presos, porque yo quiero guardar un recuerdo de mi hija, del cumpleaños de mi hija, quien yo, estando preso aquí, ella está cumpliendo años, y no sabe ni siquiera si estoy aquí. Entonces el guardia llegó y aceptó, fue pasando el cartón de lado a lado. Como en

la tarde ya, ya eran como alrededor de la una, una y media, después de haber comido, entonces empezaron ellos, todos los presos empezaron a cantarme el cumpleaños feliz y entonces empezaron ahí a cantar, principalmente Cabrera Rivero empezó a cantar y a dedicar canciones a todos ahí y el único ser joven, diría yo que tiene como diez y siete años, Pérez Márquez, ¿no? yo también, un poco animado, porque era mi cumpleaños y un poco triste por la situación en que me encontraba, pero de todos modos canté, había que mantener la alegría en ese momento ya que ellos todos me llamaron a eso, había que celebrarlo, pues, de cualquier forma. En eso transcurrieron hasta las cinco, aproximadamente, cinco y media de la tarde, y luego, como a las 7 y media a ocho y media de la noche, fueron a buscar a Felipe Malaver, lo fueron a buscar y se lo llevaron. Desde esa vez no lo logré ver. Ya con anterioridad, como alrededor de las cuatro de la tarde, se habían llevado al doctor Andrés Pasquier, se lo habían llevado. Era exactamente el día 15 de octubre de 1966. Durante cuatro días logré yo ver al doctor Andrés Pasquier y a Felipe Malaver.

BALZÁN —¿Qué más recuerdas de ese mes de octubre, Labana?

LABANA CORDERO —Bueno, yo lo que más recuerdo en sí es lo siguiente: El día 16 de octubre allanaron a toditos, toditos los calabozos, buscando papelititos, le quitaron a unos, los que tenían papeles, lápices, libros, o cualquier cosa que tenían, se las quitaron a todos, no le dejaron a uno ningún tipo de papel, ni siquiera los de las cajetillas de cigarros, y los lápices, nada, nada, nada. Eso me recuerdo yo de que fue el día 16. También recuerdo al muchacho ese de que le estaba hablando, Pérez Márquez, era un muchacho, para mí era un muchacho del cual yo siempre he tenido admiración por él, principalmente por su carácter, nunca, en ningún momento a ese muchacho llamado Pérez Márquez, nunca lo vi que estuviera triste, ni que estuviera acongojado, ni que estuviera adolorido, ni mucho menos, que uno en esa situación uno se anima con personas así, ¿no?

BALZÁN —¿Qué edad, aproximadamente, tenía ese Pérez Márquez?

LABANA CORDERO —Tenía aproximadamente 18 años. El era de Barquisimeto y lo detuvieron en la montaña y llegaron y los mismos guardias lo interrogaban y le decían que cómo lo habían detenido a él: Entonces él decía: Bueno, a mí me detuvieron en la montaña. Bueno, y tú ¿eres guerrillero? Yo sí era guerrillero.

BALZÁN —¿Entonces, contestaba Pérez Márquez a todas las preguntas que le hacían los Guardias Nacionales?

LABANA CORDERO —Sí, él contestaba siempre. Y le decían también: Bueno, ¿y cuánto tiempo tenías tú en las guerrillas? Tenía como alrededor de un año ahí metido en las guerrillas? ¿Y dónde están tus amigos? Bueno, vayan a buscarlos, qué voy a saber yo dónde están los amigos míos. Y entonces llegaban y le decían que si no se arrepentía de estar preso y de que él era guerrillero, y él decía que él no se arrepentía, porque él veía que eso era una necesidad. Y cuando a él le preguntaban que si él no se arrepentía de estar preso, él lo que les contestaba era: Bueno, ¡mala leche! Mala leche de estar preso. Recuerdo también que llegaba y cantaba coplas tales como, coplas de esas tipo barquisimetanas

BALZÁN —¿Usted podría en este momento recordar algunas de esas coplas?

LABANA CORDERO —Bueno, yo sí, ciertamente puedo recordar una que decía así: (Cantando) “Yo no vuelvo pa’l Tocuyo ni que me paguen un fuerte laylalalai, laralai, lalay. Yo ando en busca de la vida no ando en busca de la muerte”.

BALZÁN —Labana, usted recuerda alguna otra copla que cantara ese señor Pérez Márquez?

LABANA CORDERO —Bueno, yo recuerdo una, muy bonita, que recuerdo se me quedó muy grabada, no? porque él la cantaba a diario, no?, que decía: “Tras esta reja dura y sombría, sin luz ni aroma ni sol ni amor, quiero que sepas que no estoy triste, aunque lllore mi corazón”. “Tantas horas de vigilia pensando en su amor, tantas lágrimas mis ojos lloré por ti, pero también en

mi pueblo se sufre y se llora miseria y dolor y este pueblo tu imagen se yergue radiante cual rayo de luz”.

BALZÁN —¿Esta canción la cantaba todos los días este señor Pérez Márquez?

LABANA CORDERO —Sí, la cantaba a diario, cuando se levantaba, casi diariamente, diaria, diariamente, pero nunca dejaba de cantarla.

BALZÁN —¿Ese señor Pérez Márquez no llegó a tener problemas ahí con la guardia del penal?

LABANA CORDERO —Bueno, por su carácter alegre no llegó a tener problemas, diría yo más bien que uno de los guardias como que le tenía, principalmente le tenía rabia, diría yo, y en una de esas dijeron que habían prohibido que los detenidos hablaran, entonces llegó y en una de esas el guardia llegó y dijo que él y que había estado hablando y entonces lo mandaron, lo primero que lo mandaron a hacer fue que le quitaron el colchón donde dormía, después de eso, lograron cazarlo de que estaba hablando y se lo llevaron al baño y le dieron alrededor de veinte planazos. Entonces *hay* veces llegaban y le decían algunos: Bueno, sigue hablando. El lo que le contestaba siempre era lo mismo: ¡Mala leche! Bueno y si me detuvieron, y si me pegaron, bueno, pues, ¡mala leche! era lo que contestaba él.

BALZÁN —¿Y después de esa planazón a Pérez Márquez, cuándo lo volvió a ver?

LABANA CORDERO —Bueno, yo lo logré ver alrededor de unos dos o tres días más y luego que ahí se vio, ahí mismo, se lo llevaron al Comando de Urica. De ahí no supe más nada de él hasta ahora que he sabido en declaraciones que ha dado la mamá de él tratando de buscarlo, de indagarlo y ya para eso hace ya más de un año. Más adelante, en los primeros días de noviembre llegó un día una actitud extraña entre todo el personal militar, corría, y lo tenían a uno allí acostado, no lo dejaban a uno nada, prácticamente ni hablar, ni comentar, pero entonces hubo entre los comentarios que había pasado, según parece, algo de Ramo Verde, ¿no? y inmediatamente bajó el Coronel, ¿no?, entonces fue que llegó y en una de esas me llamó a mí y me dijo: Ya están listos tus pasajes. Eso fue, aproximadamente, fueron los primeros días. El día

6 de noviembre me llevaron y me sacaron unas fotografías, el día 7 llegaron y me llevaron a Barquisimeto, a donde llegaron y me sacaron el pasaporte y me sacaron la cédula de identidad, y el día 8 me trasladaron al SIFA, en Caracas.

BALZÁN —¿Antes de la salida del Corpahuaico hacia Barquisimeto, lograste despedirte de los otros prisioneros?

LABANA CORDERO — Sí, bueno, logré despedirme de los presos debido a que llegó, ya días antes, ¿no?, ya yo les había dicho que yo me iba a ir, que me iban a sacar, pues, entonces ellos lograron decirme adiós, que la pasara bien, pues...

BALZÁN —¿No te recomendaron saludos a sus familiares?

LABANA CORDERO —Bueno, no me lograron mandar ningún saludo a los familiares porque era casi imposible.

BALZÁN —¿Tú recuerdas los nombres de algunos presos que se encontraban para ese entonces ahí?

LABANA CORDERO —Bueno, me recuerdo a uno que lo llamaban Nicolás Rojas, uno Pérez, no recuerdo, Colmenares Colmenares, José Gómez, no recuerdo casi más ninguno.

BALZÁN —¿El traslado fue, exactamente qué día?

LABANA CORDERO —Exactamente fue el día 9.

BALZÁN —¿Qué ocurrió en ese día?

LABANA CORDERO —Bueno, ese día me fueron a buscar como a las cuatro de la madrugada, me despertaron y me dijeron: Ordenes, párate, Labana, recoge tus corotos, que nos vamos. Entonces, bueno, a mí me exaltó, primero y principal, era de noche, que a esa hora, bueno, ya como ya yo sabía a dónde me iban a llevar, suponía yo, entonces llegaron y me despidieron algunos presos que se despertaron también con la llamada y me dijeron, bueno, que me fuera bien. Y llegaron y en el transcurso que me trajeron, que fue en una camioneta, llegaron y lo primero que me dijeron fue que no intentara en ningún momento fugarme, porque iba, precisamente, en libertad. que si intentaba fugarme la orden que había era disparar.

BALZÁN —¿Durante cuántos días permaneció en los calabozos del SIFA?

LABANA CORDERO —Bueno, durante el resto del día 9, el día 10 y a las 4 del día 11, en la madrugada, ¿no? Me vinieron a buscar como a las cuatro, cuatro y media de la madrugada, me fueron a llamar y me dijeron que me vistiera y que me arreglara porque ya salía para Maiquetía, ¿no? Entonces me llevaron a Maiquetía, me llevaron cuatro del SIFA, ahí me estuvieron escoltando prácticamente durante todo el tiempo que estuve ahí en el aeropuerto, me montaron al pie del avión, adentro...

BALZÁN —¿Usted no tuvo oportunidad de despedirse de sus familiares?

LABANA CORDERO —No, en ningún momento permitieron la despedida de mis familiares, a mis familiares no les avisaron en ningún momento que yo salía ese día.

BALZÁN.—¿Ellos estaban ignorantes de que usted en ese momento iba rumbo a Lima?

LABANA CORDERO.—Ignorantes de todo.

BALZÁN —¿Ningún periodista se dio cuenta de su permanencia ahí en el Aeropuerto de Maiquetía?

LABANA CORDERO —No, este, porque yo oí el comentario: No, no, a este hay que evitar los periodistas, en todo momento hay que evitar los periodistas.

BALZÁN —¿A qué hora, aproximadamente, llegó a Lima?

LABANA CORDERO —Bueno, yo llegué aproximadamente allí como a las dos o tres de la tarde, serían. Entonces, de ahí, bueno, me encontraba difícil todo, y vi que en mi visa de pasaporte decía como residencia Hotel Bolívar, decía el Hotel Bolívar, y me resultó que ese era un sitio para millonarios, ¿no? Entonces, como veía que no tenía, tuve que pagarle a un carro que me consiguiera un hotel más barato.

BALZÁN —¿En qué hotel estuvo?

LABANA CORDERO —En el Maury.

BALZÁN —¿En qué calle está?

LABANA CORDERO —En la “Itayami”.

BALZÁN —¿Cerca del centro de la Capital?

LABANA CORDERO —Sí, a una cuadra de la plaza de Armas. Ahí, bueno, nada más duré un día, o tres, creo que fueron dos días, prácticamente, ¿no? y entonces en un periódico logré ver la dirección de una casa de pensión donde daban comida y los precios eran más cómodos y todo y me fui allá y ahí duré siete meses. Recuerdo que el día 7 de noviembre me encontré con Girón Caraballo, con el dirigente sindical Presidente de la CUTV de aquí, que lo encontré en el Diván, Caraballo, ¿no? A Horacio Scott Power, lo encontré, y él no me conocía a mí, ¿no? sino que debido a que yo sé que él es dirigente sindical y que era... entonces llegué y le expliqué el caso, ¿no? de que si ya habían soltado, ¿no? Lo primero que le dije fue: bueno, ya habrán soltado a ese, a Felipe Malaver, que yo lo vi en tal lado. Me dijo: No, él está desaparecido hace mucho tiempo, ¿no? Pero cómo va a ser? Entonces yo le dije no... Entonces le pregunté que si lo habían logrado indultar o inculpar entonces me dijo que no entonces él dijo que esa era una de las cosas que le preocupaban, que un dirigente sindical se le había perdido a él. Este dirigente sindical me dijo a mí que ellos temían por la vida, creían que estaba muerto, y eso fue entonces lo que me vino a mí una gran preocupación, primero y principal, yo conociendo a la mamá de Felipe Malaver, conociendo a su esposa, y de ahí me vino una gran preocupación de ver cómo me comunicaba, de ver pues para dar algún testimonio, ¿no? y como no pude, de ninguna forma pude comunicarme, debido a que mi situación económica allá en el Perú cada día se empeoraba más, mis familiares llegaron y me enviaron cierta cantidad de dinero para pagar todas las deudas contraídas en la casa-pensión donde yo estaba viviendo, y me vine, ¿no? Ahora, al llegar acá me encuentro que todavía están desaparecidos y que todavía ya casi se les daba por muerto. Yo creo que es imposible que vayan a estar muertos, porque viéndolos, como yo los vi, detenidos, presos... Y entonces, debido a eso yo estoy dispuesto a declarar ante la Fiscalía General y ante un Juez, ante un tribunal, yo estoy dispuesto a declarar que yo los vi personalmente, porque son dos vidas, son dos humanos, son dos personas a

las cuales yo una de las principales yo las conocía, y también todo lo que estos señores hicieron conmigo eso no puede quedar impune, ¿no?, sobre todo no puede uno quedar callado después de haber sido sometido a tan bárbaras torturas, tanto psicológicas como físicas.

Aquí termina el relato de José Efraín Labana Cordero, que fue grabado por el periodista Freddy Balzán, estando presente quien les habla: José Vicente Rangel.

CARACAS, JULIO DE 1967.

El silencio participa del crimen

En Venezuela no existe libertad de prensa. Sólo existe la libertad de la clase dominante y sus agentes para informar, para alienar, mediatizar y masificar a nuestro pueblo. Esto no es —lo sabemos— ningún descubrimiento, pero es necesario dejar claro este aspecto. La clase dominante tiene representación totalmente identificable. Poderosos tentáculos manejados por la maquinaria neocolonial se mueven permanentemente en todos los medios de difusión, cercenando descaradamente el derecho que tiene el pueblo —según la Constitución— a “expresar su pensamiento de viva voz o por escrito y hacer uso para ello de cualquier medio de difusión, sin que pueda establecerse censura previa”. Esto no tiene ninguna validez para la Gran Prensa.

Las huelgas de los obreros de la LUMMUS, de la UNIROYAL, de la HILANA: los paros de trabajadores de la GENERAL MOTORS, de los empleados de líneas aéreas; el allanamiento al Sindicato de la ELECTROLUX, las investigaciones sobre el incendio de la Refinería de Puerto La Cruz o la explosión de la Petroquímica donde perdieron la vida algunos obreros, sólo mereció de la Gran Prensa un breve comentario. Si se tratara de una denuncia contra un anunciante o cliente poderoso de alguna agencia publicitaria, no existe la menor posibilidad de dar a conocer la información. Tenemos el caso de los sueldos de hambre que cobran los empleados del Banco Nacional

de Descuento, del Banco Miranda, del Banco República y de otros. Para los sindicatos de ese ramo las puertas de la Gran Prensa permanecen cerradas. Así como para señalar los responsables de los edificios caídos —por construcciones irregulares— durante el terremoto del 29 de julio del 67. Hay casos más graves: la tragedia aérea ocurrida meses atrás en la ciudad de Maracaibo. Más de 150 personas perdieron la vida en esa oportunidad. Han transcurrido muchas semanas desde entonces y ¿qué ha pasado?, ¿dónde están las famosas investigaciones del Poder Legislativo del país? ¿Por qué no se conocen los responsables? Los responsables no se conocen porque como en todos los casos donde “los poderes” se encargan de las “exhaustivas investigaciones” se encubren los intereses de algún grupo de presión del sistema: Iglesia, militares, o sectores económicos poderosos.

Decenas de huelgas de trabajadores que luchan por mejores condiciones de vida son declaradas ilegales, cuando no son “arregladas” por componendas y arreglos entre patronos y “dirigentes” sindicales bajo la mirada complaciente de estos sectores, preocupados por la “paz laboral” y la “tranquilidad” de todo el país.

Estos son, como diría el argentino Solanas, “... los responsables de los atropellos y asesinatos que en los últimos años se han cometido, y se cometen, en nuestro suelo”.

Más de 200 campesinos fueron asesinados por el gobierno de Betancourt y Leoni. Decenas de hombres y mujeres se encuentran desaparecidos. Son de fecha reciente los casos de los campesinos Eustoquio Rodríguez, Juan Chacón Lanza, José Carvajal, Pastor Espín y Mariano Gómez, entre otros. El primero fue torturado con energía eléctrica aplicada en los oídos. El segundo fue quemado vivo después de haber sido rociado con gasolina en el campamento antiguerrillero de “Cocollar”. en el Oriente de la República. Esto nunca se ha dicho ni se dirá en la Gran Prensa.

En las cárceles del país hay más de 150 presos políticos en las peores condiciones, cuyas denuncias y voces de protesta permanecen calladas porque ningún

medio —salvo raras excepciones— las incluye en sus páginas o espacios. Enormes sacrificios económicos deben realizar sus familiares para pagar un remitido y llevar a la opinión pública lo que la prensa está obligada a informar.

No hay la menor posibilidad de denunciar los permanentes atropellos que diariamente se cometen en las zonas campesinas del país. En una ocasión, un informe levantado por el Diputado Evencio Gómez Mora —que presidió una Comisión que investigó maltratos en diversos centros de reclusión— presentó tantas evidencias, que lo denunciado no pudo ser entregado para su discusión. Ese informe fue totalmente adulterado y las cintas magnetofónicas logradas nunca pudieron ser escuchadas. “Se extraviaron”.

En todos estos casos —al igual que los de Alberto Lovera, Trino Barrios, “Chema” Saher, Efraín Labana y Víctor Soto Rojas (lanzado desde un helicóptero militar con 10 personas más, en las montañas del Estado Miranda)—, la prensa siempre ha mantenido una actitud “muy discreta”, como la mantuvo en ocasión del secuestro de la urna que contenía los restos del dirigente petrolero Luis Emiro Arrieta, muerto horas antes en una clínica en la Urbanización San Bernardino.

Mientras esto ocurre en el país, la Gran Prensa aliena y distrae la atención con páginas cargadas de actos sociales de la burguesía, con el último *cocktail-party* y las fiestas hawaianas; reportajes sobre “los cuatrerros de Apure”, las comedias del “hijo” de Carlos Gardel y encuestas sobre las minifaldas, o sobre los “peligros” que para el país representa el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en las “desérticas y heladas zonas de Alaska”.

Unos pocos manejan en forma directa a la Gran Prensa. Detrás de ellos se mueven otros, que tienen en sus manos los hilos de las grandes agencias publicitarias norteamericanas y representan a las empresas yanquis que deciden la vida o la muerte de cualquier publicación.

El caso de “El Nacional” en el año 62 es el mejor ejemplo. Bastó que se denunciara en sus páginas las estafas de SEARS ROEBUCK para que se ordenara su quiebra, al cerrarle de inmediato sus válvulas publicitarias.

Las ganancias de estos grupos, consorcios, o familias, son fabulosas. Mensualmente dos diarios de la capital tienen entrada de seis millones de bolívares por concepto de avisos. Debe saberse, además, que cualquiera de los cuatro más importantes grupos de editores de diarios obtuvo el año pasado utilidades netas superiores a las del New York Times. Entonces, ¿qué posibilidades existen de que la Gran Prensa denuncie la actitud anti-nacional de esos grupos, si son ellos los que controlan los medios de difusión?

Esos son los enemigos de las libertades del pueblo venezolano. Los que ayer dirigieron la campaña contra la llamada Reforma Tributaria, hoy aplastan el derecho del pueblo de Guarenas de exigir mayor tributación de quienes perciben mayor ingreso. Los que dicen representar a nuestro pueblo cuando se sientan a conversar en Washington como “mediadores” ante grupos petroleros norteamericanos que amenazan al petróleo venezolano. Los que acuden presurosos a Miraflores para recomendar medidas policiales para que “la delincuencia y el caos no se apoderen del país”. Mientras mantienen ociosas miles de hectáreas de tierra, permiten que unos 3.000 terratenientes monopolicen el 78 por ciento de las tierras en explotación—incluyendo a las compañías petroleras que tienen en sus manos unos 6,5 millones de hectáreas— y más de 400.000 campesinos medianeros y arrendatarios, proletarios y semiproletarios, se encuentran sometidos a condiciones de infra-producción e infra-consumo.

En las páginas de sus diarios sólo se puede condenar un tipo de violencia: la que no toca a sus intereses. De la otra violencia, de la que ellos auspician, nada se puede decir. Es la violencia de los caseros inescrupulosos que mantienen más de 100.000 viviendas desocupadas en todo el país esperando el alza de los alquileres, mientras miles de familias buscan por cerros y calles un lugar donde establecerse, y las que, aún teniéndolo, hacen grandes sacrificios para satisfacer los voraces apetitos de esos “demócratas convencidos”. Es la violencia de patronos que prefieren una huelga o una quiebra fraudulenta a mejorar las condiciones de vida de sus obreros. Es la violencia de la explotación, del hambre, de la miseria, del desempleo. Es la violencia de la Guerra Especial que

se libra en nuestro suelo. La violación de los derechos humanos, como el caso de Efraín Labana Cordero.

El conocido periodista Wilfred Burchet, refiriéndose a esa Guerra Especial, comenta en uno de sus libros que había tenido la oportunidad de leer, un prólogo escrito por el general norteamericano Paul Decker (ex-jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos) en el libro “Manual para el personal de la Guerra Especial”, en donde se asentaba que el Colonialismo de viejo cuño había dado origen a docenas de nuevos Estados independientes, presas fáciles para “el comunismo” y que esta situación había obligado al Pentágono a dividir al globo terrestre en cuatro áreas estratégicas en las que los Estados Unidos tendrían que librar “guerras especiales” en casos necesarios.

La Guerra Especial se libra diaria y permanentemente en nuestro país, bajo la total indiferencia de la Gran Prensa. La participación en ella de los llamados factores de poder lo impide.

En el plano cultural es donde hay mayor preocupación: materiales especialmente preparados son -utilizados por la radio, la televisión, el cine y la Gran Prensa; estaciones rastreadoras han sido instaladas para introducir en forma directa —compitiendo en forma desleal con lo autóctono— una cultura que no es la nuestra.

En el plano militar, ya han sido instalados batallones de cazadores entrenados en la zona del Canal de Panamá y en Fort Bragg, Carolina del Norte, prestos a reprimir cualquier “insurgencia” popular, con la complaciente aprobación de los llamados representantes del pueblo.

Ha sido precisamente en un teatro de operaciones (T.O.) —copia de los campos de adiestramiento de los norteamericanos en el Vietnam— en donde se han llevado a cabo las más espantosas demostraciones anti-constitucionales que se recuerden en Venezuela.

Y los intelectuales, que ayer fueron vanguardia clarificadora de carácter ideológico, hoy no sólo participan del festín de la Gran Prensa, que niega sus derechos a obreros, campesinos, sectores marginales y a estudiantes, sino que

arremeten, confunden y prestan hoy el mismo servicio a las clases dominantes. No tienen el menor reparo en utilizar las limosnas o espacios que logran conseguir para adular verdades y hacer sonreír a sus caporales.

En muchas ocasiones hemos discutido sobre la libertad de prensa en Venezuela y los grupos de presión existentes. Creo que ha llegado la hora de plantear el papel del periodista frente a los grupos de presión. Personalmente creo que hay uno solo: incorporarse a la Revolución, manteniendo una posición objetiva y siempre alerta para manifestar su desacuerdo con las actitudes que estén contra la misma.

Teóricamente no tenemos experiencias de luchas contra estos enemigos. Solamente acabando con el burocratismo, liquidando la penetración de los agentes de la clase dominante, vinculándonos a las masas populares y no a sus enemigos tradicionales como ocurre en la actualidad, y rompiendo con las concepciones sectarias y dogmáticas, podemos sacar al gremio de prensa del estancamiento y crisis en que se encuentra sumergido. El periodista sólo debe tener un compromiso: con su pueblo.

Agradezco la oportunidad que me ha dado mi amigo José Vicente Rangel, de realizar esta entrevista a Eraín Labana Cordero.

FREDDY BALZÁN



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-102-2

DEPÓSITO LEGAL

DC2022000998

CARACAS, VENEZUELA, JULIO DE 2022

La presente edición de
T 03 - CAMPO ANTIGUERRILLERO
se realizó
durante el mes
de julio de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



TO3-Campo antiguerrillero Durante el tiempo que duró la lucha armada en Venezuela –e incluso después– la desaparición forzada y la tortura fueron una política de Estado, en cuya ejecución participaron directamente oficiales del ejército de Estados Unidos. De ello da fe este libro, que recoge sin filtros ni retoques el testimonio de Efraín Labana Cordero, sobreviviente del horror del campamento antiguerrillero del Teatro de Operaciones 3 (TO3) con base en El Tocuyo, Lara. Desde palizas interminables, pasando por el simulacro de fusilamiento y el entierro en vida, en el cuerpo de este militante revolucionario se probó un extenso repertorio de torturas que formaban parte del entrenamiento que recibían militares de Latinoamérica en la Escuela de las Américas.

Once meses después de su secuestro, a Labana Cordero lo expulsaron a Perú. Un tiempo después pudo contactar al entonces diputado José Vicente Rangel y al periodista Freddy Blazán, quienes publicaron su historia. Además de un documento de denuncia contra el régimen que celebraba entonces la “pacificación”, fue una prueba de que los cuerpos de seguridad eran responsables de la desaparición de Felipe Malaver y Andrés Pasquier, militantes revolucionarios, lo cual fue negado siempre por el Gobierno de Raúl Leoni.

“El relato testimonial de Labana rebasa los límites de la denuncia contra un gobierno: compromete a toda la sociedad; a todo el sistema de valores sobre el cual está montado el actual régimen político y económico venezolano. Él es por sí solo el más rotundo y dramático testimonio contra la alternativa democrático-representativa falseada en sus bases de sustentación, cuando ésta ha devenido en la forma política favorita del neocolonialismo”, sostiene José Vicente Rangel.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

